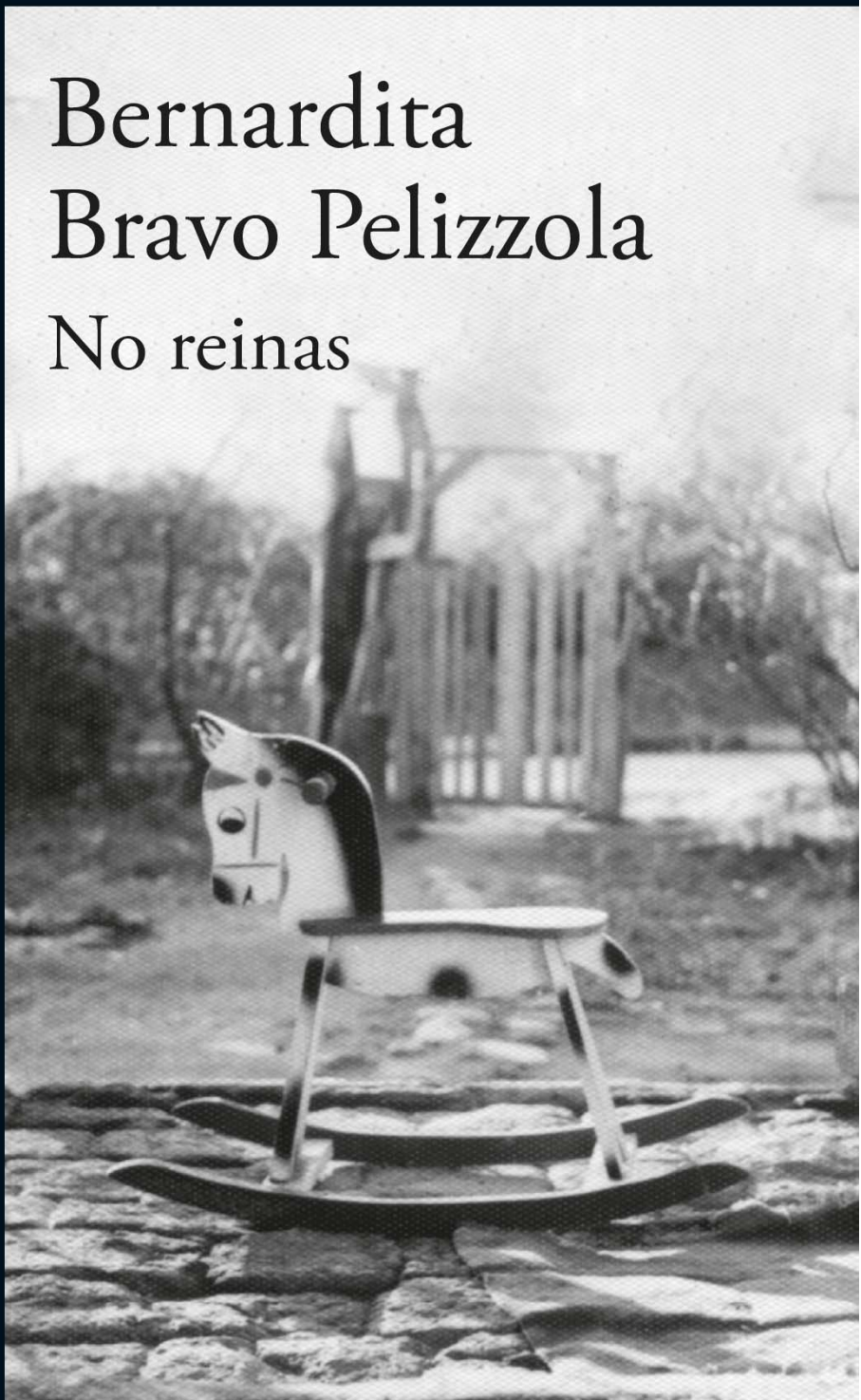
ALFAGUARA

Bernardita Bravo Pelizzola

No reinas



Narrativa Hispánica

Índice

Cubierta
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
40
Créditos

Para M.A.

No hay nada que sea tuyo, nada que te pertenezca,
nada sobre lo que puedas reinar.

Fabián Casas

1

Lo peor vino después de matarlo. Porque lo peor de tener a un muerto ahogado en la tina, luego de un forcejeo en desigualdad de condiciones, no es el hecho de haberle quitado la vida.

Si ella vuelve hacia atrás, a ese momento de reacción y hundimiento, no es capaz de reconstruir la escena. Ni con imágenes ni con sensaciones. Sí recuerda el momento posterior: se quedó quieta, cerró los ojos y escuchó el sutil vaivén del agua. El sonido de algo que se ha ido y ha dejado eso, un sonido.

Imaginó que un cuerpo la levantaba suavemente del suelo, como si no pesara, y la arrojaba por la ventana. No alcanzaba a escapar: el mismo cuerpo, antes de que el suyo tocara tierra, la traía de vuelta al baño y la dejaba en la misma posición, de rodillas junto a la tina.

Eso es lo que recuerda: una imaginación.

Más adelante, odiará leer y escuchar la expresión «le quitó la vida», le suena tosca y sin carne, no dice todo lo que quiere decir, no logra expresar ese momento posterior. Quitar es apartar los juguetes tirados en medio de un pasillo y amontonarlos en una esquina: siguen estando ahí. Ella sacó algo de cuajo, como el animal que arranca el órgano de otro una vez atacado. Estuvo en ese punto irresistible donde tomas algo justamente para deshacerte de él: sabes lo que estás haciendo, pero el arrebato excede. Muerto el perro, se acabó la rabia, dicen algunos.

Lo peor vino después con el muerto ahí, ahogado en su tina, el aliento interrumpido, el oxígeno de los pulmones disminuyendo, el agua penetrando en la corriente sanguínea haciendo estallar las células. Porque ella sí recuerda esa mirada previa de estupor e incomprensión; un niño no entiende que alguien quiera ahogarlo, aunque él pueda deleitarse con un puñado de mosquitos flotando en una acequia.

Quizás el niño no alcanzó a sentir nada, pensar nada, o quizás sí, un atisbo de conciencia ante lo inabarcable, terror a la oscuridad al abrir

los ojos en la noche, una cría que pierde la orientación y el rumbo. Es esperable que intentara deshacerse de ese cuerpo lo más rápido posible. Pero no. Lo peor es que ella lo envuelve en una toalla que se robó del motel donde trabajaba, porque eran nuevas y de las buenas, por fin eran de las buenas. Blancas y suaves, con el peso suficiente para reconocer esa fibra fina de algodón largo que no dejaría rastros de pelusas en ningún cuerpo, una verdadera toalla para arropar a una mujer desnuda, a un niño muerto. Habían recibido reclamos por parte de esos clientes que pagaban la tarifa más cara y se quedaban más tiempo. Toallas malas, feas y baratas que se deshacían con facilidad.

Al niño, en cambio, lo envuelve con esa toalla gruesa, esponjosa, y lo lleva a su cama. Su piel de a poco empalidece. Lo tiende ahí, entre sábanas limpias, porque eso fue una de las últimas cosas que hizo la noche anterior, cambiar las sábanas, dispuesto el escenario. Hacer bien una cama para quien hace y deshace varias todos los días puede resultar un acto mecánico, pero no: requiere de esfuerzo y parsimonia, experticia en dobleces. Pocos serán los que se fijen en eso al abalanzarse sobre las camas que ella hace.

Tiene tendido al niño en su cama, en su casa, y se acuesta junto a él. Se queda quieta. También fue un esfuerzo ahogarlo, sacarlo de la tina, envolverlo y acostarlo. Se queda quieta, muda, casi ni respira. El agua ha dejado de sonar. Hasta que de su estómago surge un alarido feroz, como el de una torsión gástrica en un perro grande y fino. Se les infla el estómago y desplazan las patas hacia los lados intentando ensancharse, tienen arcadas, babean y vomitan, entran en shock. Les pasa por tomar exceso de agua.

En algunas partes del pueblo donde vive las casas están cerca unas de otras, pero en su zona hay más distancia, más campo y descampado, da igual: toda casa puede explotar por dentro y las paredes, dependiendo de su grosor, guardarán o no su secreto. Un alarido así puede oírse a varios metros, mientras la brisa arrecia levemente la hierba sin cortar y las hormigas hacen su trabajo bajo tierra.

Si alguien lo ha escuchado no importa, ¿de dónde viene ese alarido? ¿De quién es? Se sabrá igual. Infierno chico el del pueblo, siempre son peores los infiernos chicos. Poca bulla para los peces gordos.

Una mujer ha matado a su hijo de tres años. Lo hunde, lo ahoga, lo acuesta en su cama. Después de un par de horas el cuerpo del niño desnudo está frío y ella solo siente latir su propio corazón. Se acabó la rabia.

El motel del que robó la toalla queda a la entrada del pueblo. Se anuncia en la carretera con un cartel rojo que dice en letras cursivas: El Escándalo, y justo abajo, con letra más chica: «Vívalo acá, no en su casa». Trabajaba allí de lunes a sábado.

Sí, yo lo maté, dice ella, o cree que dirá cuando haya que confesar. A su lado murmura: Lo maté. Sí, ese es su nombre: Cristóbal Villablanca Villablanca. No sabe cómo se dicen esas cosas en los estrados. Nunca ha estado en uno. Por mientras dice aquí: Fue mi hijo.

Yo soy su madre.

2

En las primeras horas, un cadáver no huele a nada. Llegaron los periodistas y los vecinos se aglomeraron de golpe afuera del lugar de los hechos: la casa. Los periodistas ya habían ido antes a Potreritos por las «apariciones» que cada tanto ponían al pueblo en la portada del diario regional o en la pantalla de algún matinal. Pero esto excedía cualquier rareza, esto era espeluznante. Por ahora era una noticia en desarrollo y el titular decía: «Mujer ahoga a su hijo en la tina». No se necesita más para desencadenar una bomba. El vecindario estalló, los comentarios de desconocidos en la versión digital de algunos diarios, también:

«Habría que meterle un fierro caliente a esa zorra».

«No solo los hombres son malignos, ahí tienen a una».

«Ayuda psiquiátrica necesita esta loca».

«¡Qué les pasa a las mujeres!».

«Mujer mongólica caminando».

Algunos querían dar su testimonio, ser testigos de la historia, aunque no tuvieran nombre ahí en la tele y solo los llamaran «vecinos de asesina». No les importa: siempre quieren hablar. Rápidos y hambrientos carroñeros, necesitan aclarar que ellos son inocentes: «Poco se relacionaba con nosotros»; «Trabajaba mucho esa mujer, apenas se la veía»; «Y yo digo para qué, si a los hijos hay que estarlos viendo, hay que estar encima de ellos, siempre»; «Una verdadera tragedia, dicen que al niño lo tenía medio abandonado, dicen, yo no sé». Los animales se preservan, mantienen el equilibrio del hábitat, evitan así que la vergüenza se propague como una enfermedad o una bacteria que no es de todos. La asesina es solo una.

Y no basta con un único cadáver, hay que ensanchar la historia, meterla dentro de la noticia anterior porque así son las noticias: vuelven sobre lo mismo, se encargan de no soltar lo que pasó para que siga pasando. Cuando el río está revuelto hay que aprovechar, no quedarse con las manos vacías. «Investiguen el pasado de esta mujer,

acogió hace años a una aparecida», «Y dicen que recibió a otro después».

Los pueblos tienen ese halo de misterio para que dejen de ser anónimos y sean algo. Ocurre en este pueblo y en el de más allá también. Hay que dotarlos de algún atractivo para que no mueran. Dicen que todos soñamos aunque algunos no lo recuerden.

3

Se decía que el origen de los aparecidos era incierto. Que algunos habían sido criados por animales, en los cerros, con alguna zorra; que otros habían sido robados o abandonados. Se decía que deambulaban en los prados y potreros colindantes con el mar. A veces andaban en grupo, quizás eran hermanos, pero nadie podía asegurarlo. Tenían una apariencia que turbaba, con el cuerpo grande y el semblante de un niño, pero no lo eran: los niños no perturban. Tenían el rostro medio desfigurado, sus extremidades algo desproporcionadas. Sus gestos eran muecas indescifrables, expresiones distintas a las de los vecinos, a su alegría, a su tristeza, al entrecejo de quien trabaja, a la boca semiabierta de quien se sorprende o goza. Había algo violento, pero no eran seres violentos. Algo inasible.

A una asesina se la atrapa. «En completo silencio, sin dar ningún tipo de explicación, fue llevada al tribunal acusada de matar a su hijo de tres años. El crimen ocurrió dentro de su casa en el pueblo de Potreritos. La madre estaba sola con el menor y, en un acto irracional, le quitó la vida, un hecho que causó impacto en los vecinos».

Los periodistas siguen ahí, los vecinos siguen ahí cuando se la llevan. Quizás hubiese querido comentarles que en las primeras horas un cadáver no huele a nada. Se pudre lento. Pero tal como dicen: completo silencio. «... La Policía de Investigaciones confirmó que la madre sumergió al niño y luego de matarlo, estuvo casi dos días con el cuerpo de su hijo tendido en la cama».

Quizás lo peor vino antes, cuando puso sábanas limpias, cuando se robó la toalla esa mañana y caminó con ella doblada hacia su casa, varios kilómetros desde el motel, con la toalla sobre sus manos, como si se tratara de una bandeja que contiene algo delicado que no puede caerse, un tesoro que nadie puede tocar. Sus mocasines negros se llenan de polvo a medida que avanza, sin arrastrar del todo los pies, pero deslizándolos tenuemente, levantan algo de tierra y dejan una estela. Su sonido intermitente, un raspado lento, se une al canto

sostenido de las cigarras a esa hora de la tarde. Solo debe tocar la toalla con las palmas de sus manos, un roce apenas, un tesoro. Sabe que luego cumplirá una función importante, y los objetos que cumplen funciones importantes deben ser tratados con delicadeza. Ese día caminó, como caminaba tantos otros días. A veces prefería eso al colectivo: no tener que saludar a nadie.

Se requieren acciones inusuales antes de matar a tu hijo, sacar de cuajo, como ella dirá cuando hable, quitar la vida, como dirá el resto. No es natural hacerlo, nadie diría que es natural. Se dicen tantas cosas aquí en este pueblo.

4

Se llama M.A.: Madre Asesina. Tiene otro nombre, el propio, pero así la llamarán todas en la cárcel, La Emeá. Llega al centro penitenciario femenino en un camión verde, *traslado imputados* dice en letras blancas. El camión se detiene ante un portón negro metálico, pesado y grande. Llega junto a otra mujer, mayor que ella, esposadas las dos, no se hablan. Al bajarse, la mujer mayor le dice al chofer:

—Dile a mi madre que la quiero, aunque ya esté muerta —y lanza una risotada que a M.A. le molesta. Le molesta el chaleco amarillo, sin mangas, que llevan puesto. Nunca se ha vestido de amarillo. Le molestan las gendarmes que las escoltan. Observa el revólver de una de ellas, a la altura de la cadera, como si fuera una prótesis sin la cual la mujer no puede andar.

A veces siente la suya cuando no queda bien encajada, pero ya está acostumbrada a usarla apenas abre los ojos en la mañana. «Preferiste tus dientes a tus parientes», le dirán algunas reclusas después, las traviesas que le quitarán la dentadura postiza a cambio de algo, pero ella no tiene nada, «No te creemos, asesina, algo debís tener fondeado por ahí, pásalo o te quedái sin colmillos, aprende a compartir». Lo importante es sonreírle al mundo, dirá una, con optimismo y fe, dirá otra, y se echarán a reír y se lanzarán la dentadura postiza como si fuese una pelotita mientras a M.A. le dará igual, su prótesis es un órgano que no duele y ella no tiene nada que ofrecer.

Observa el revólver mientras avanza, observa las cosas como aisladas unas de otras. Rejas, altos muros, alambrado. Caminan lento mientras la mujer mayor alega:

—Esta huevá no era así antes, esto está horrible, ¿dónde está el huerto, los caballos? —Una vez adentro confirmará que en vez de pasto ahora hay carpas y barro, como una toma cualquiera, pero eso será lo de menos. La cárcel de hace veinte años no es la de ahora, la cárcel donde se aprende a llevar una vida en la cárcel.

—¡Hola Pikachus! —oyen a lo lejos la voz de una mujer que las

saluda antes de que ingresen a la oficina de clasificación. Nivel de peligrosidad, situación judicial, antecedentes familiares, marcas en el cuerpo, entre otros, determinan la sección de destino. No todas son asesinas, algunas son menos peligrosas.

M.A. no se proclamó inocente. La declaración del perito del servicio médico legal, entre otros, no la contradijo: «Se ha examinado el cuerpo de un niño de tres años y veinte días, con una talla de 87 centímetros y un peso de 12,6 kilogramos, bien constituido y sin malformaciones internas ni externas. Se observaron petequias en pulmón y corazón, evidentes signos de asfixia, por lo que se realizó la técnica de la docimasia hidrostática pulmonar, que resultó positiva, y que implica que el niño respiró antes de fallecer. Se concluye que su causa de muerte fue asfixia por sumersión de carácter homicida.»

La investigación será corta y la sentencia, larga. ¿A qué sección se destina a una madre asesina?

—Habla poco y no te metas con nadie —le aconseja la gendarme que la guía hasta la que será su nueva casa. Una habitación con un camarote y una mujer adentro, Victoria. Es joven, tiene el pelo largo y crespo, las piernas cortas y gruesas.

—Supe que mataste a tu hijo, cabrona.

M.A. cierra los ojos. Los abre de nuevo. A Victoria la acaban de trasladar desde la Sección Cuna. Una vez que los hijos cumplen dos años, para afuera el hijo y a la madre se la destina a otro sector.

—Yo sigo siendo mamá, cabrona.

Victoria lanza a la cama de abajo una fotografía enmarcada donde aparece junto a un niño. Luego se lanza ella, y el camarote se estremece y rechina como si fuera una carreta vieja. M.A. sigue de pie, en silencio. La lengua de Victoria es como un disparo, un impacto fuerte que apunta a un objetivo.

—Tú a la cama de arriba, asesina. Yo necesito tocar el suelo.

M.A. sigue de pie, sin hablar.

—Sube, te estoy diciendo, que no te quiero ver.

Victoria le arroja la fotografía, le apunta en la rodilla, el vidrio se triza en dos.

—A la cama de arriba, te digo, trata de tocar el cielo, cabrona,

conmigo acá no vas a poder.

Quedan registrados en el sistema algunos datos importantes:

M.A. acogió hace años a una joven de procedencia indefinida, una de las aparecidas de Potreritos. Se llama Chivi. Tiene veinticuatro años.

M.A. acogió por un tiempo a otro aparecido que hoy no vive con ella.

M.A. tuvo madre hasta los siete años.

M.A. tuvo dos hermanos.

M.A. tiene un padre que actualmente vive en la capital, Santiago de Chile.

M.A. trabajaba en el motel El Escándalo haciendo aseo en las habitaciones. En ocasiones atendía en la recepción. Muchas veces hacía turnos extras.

M.A. no revela el nombre del padre del hijo asesinado.

5

La putrefacción de un cuerpo comienza por dentro. La presencia de bacterias, protozoos y nematodos es lo que contribuye a su descomposición. De la carne, de los órganos internos. El cuerpo se pudre lento y solo como un caracol.

Cristóbal era un niño como cualquier otro: si veía un bicho lo mataba. No era malo, solo un juego entre el impulso hacia la destrucción y esa libertad donde la propia muerte no es una posibilidad. Un niño no sabe de futuros.

Por eso se detiene en el recorrido antes de aplastarlo, le gusta ese instante previo de vida en que el bicho camina sin saber que segundos después dejará de hacerlo, para siempre. Un chancho de tierra. Lo sigue con la mirada, atento a esas láminas ventrales que dividen el color gris de su lomo, a la velocidad del movimiento de esas patitas blancas que, inconscientes de todo pero absolutamente conscientes de su capacidad de avance, caminan hacia dónde, se pregunta el niño. Hacia dónde va eso tan decidido, más pequeño que yo. Y algo en esa decisión lo hace tomar la decisión. Un resplandor intenso pero breve, la inclinación rotunda a poner su dedo, con fuerza, sobre el chancho de tierra que se hace bola ante la amenaza. No es justo que tenga una forma de resguardarse. Él también querría esconderse cuando cree que ha hecho algo mal. ¿Qué hace que un niño quiera protegerse? El chancho de tierra necesita de un lugar húmedo para poder respirar.

Cristóbal tiene sueños extraños pero no recuerda lo que ha soñado cuando despierta, y si recordara, no sabría ponerlo en palabras. Despierta cansado. M.A. lo deposita en el jardín infantil apurada, por eso lo deposita. La urgencia olvida la caricia, lo viste rápido, el niño llora, lo viste más rápido, para alcanzar a tomar el colectivo que pasa siempre a la misma hora. Cuando lo pierde deben caminar. El niño se cansa, lo carga en brazos hasta el paradero de la carretera y si lo suelta el niño llora, si lo vuelve a cargar siente una punzada insoportable en la espalda, porque la postura en la que hace las camas en el motel no

es la adecuada. A veces se ha quedado ahí de pie, a medio camino, jadeando mientras el niño alega, sin entender por qué está parada como un animal desorientado en una carretera rural.

Dentro del colectivo se abstrae unos minutos mirando cómo pasan los árboles, siempre son los mismos, o ella los mira de la misma manera, hacia arriba, fijándose en las copas, en la forma que tienen las copas de tocar el aire. Cristóbal está incómodo y gruñe, lo lleva muy aferrado, sin darse cuenta le presiona más de la cuenta debajo de las costillas. A veces se bajaría del colectivo y lo dejaría ahí. Un día una compañera en el motel le muestra un video donde una madre sale a botar la bolsa de basura con su hijo en brazos. Cuando entra, solo trae consigo la bolsa. Al darse cuenta, corre nuevamente hacia afuera. La compañera se lo muestra porque el video es gracioso, está hecho para que así sea.

El colectivo entra en la caletera y en pocos minutos llega al centro del pueblo, se detiene frente a la guardería, el semáforo está en rojo. Demoran en bajarse pues el niño insiste en que le falta el autito que llevaba en la mano. M.A. mete la mitad del cuerpo dentro del colectivo, a ras de suelo.

—Se nos quedó un juguete —dice irritada—. Allá lo veo, me lo alcanza, señora, por favor.

El autito está justo al lado de su pie.

—A ver si lo alcanzo —responde con desgano la señora que va con varios bultos y le cuesta agacharse. Entonces M.A. se mete más adentro, se estira lo que más puede.

—Ya me dieron el verde —alerta el conductor tirando un escupo hacia afuera.

El niño se mete dentro de la falda de M.A. y le pellizca un glúteo, ella grita indignada y desprevenida:

—¡Qué mierda haces, Cristóbal!

—¡Cálmese, mujer! —le dicen pasajera y conductor al unísono. Agarra el autito con rabia y de paso clava sus uñas en la piel manchada de vejez de la señora, a la altura del tobillo. Cierra con un portazo y no alcanza a escuchar lo que le gritan desde adentro.

El semáforo de peatones está en rojo. Debería cruzar en rojo, piensa.

—Nunca jamás cruces en rojo —le dice a su hijo. Lo deposita en la

guardería.

Cristóbal tiene sueños extraños pero nadie puede meterse en las pesadillas silentes de un niño. Es ahí donde ha construido altares. En la vigilia solo mata bichos y los entierra. La parte entretenida, la del entierro. En los sueños la sangre trae flujos antiguos, como si ya hubiera sido un hombre. El niño busca un cuerpo desaparecido en el mar. ¿Cómo encontrar un cuerpo dentro de una marea fluctuante? El agua es clara en el sueño, pero aun así no hay nada, de tan cristalina resulta abisal. Podría tener suerte ese cuerpo, hacer orilla en alguna playa lejana. ¿Puede un niño soñar cosas así?

También siente el impacto de un bulto contra el parabrisas de un auto a toda velocidad, que él conduce. Como niño que es, no sabe qué hacer con ese bulto, lo deja botado ahí, un perro atropellado con heridas que nadie limpia. Tal como su madre cuando se detiene en la carretera con él y quisiera llorar, pero no hace nada hasta retomar la marcha. El auto se estrella contra un árbol y el niño no alcanza a ser mayor ni en el sueño ni aquí. La parte del entierro debe ser divertida. En la guardería no se queda tranquilo y con el paso de las horas el tedio crece, otros niños lloran, las «tías» no son tías de nadie, a veces se pintan las uñas pero igual les dan alimento.

Cristóbal escarba con sus dedos un poco de barro y se lo echa encima al chancho de tierra inmóvil. Podría tomar una piedra pequeña y ponerla arriba en señal de *aquí hay un bicho muerto*, sacar uno a uno los pétalos de una flor diminuta y ponerlos alrededor de la piedra, con fina motricidad. Pero no. Un niño solo aplasta sin miramientos a otro ser que camina, es lo que le permiten sus gestos torpes y la falsa conciencia de un día siguiente. De noche, el cuerpo en el mar seguirá sin aparecer. *Zas, crac*, el bicho aplastado, el cuerpo se hunde, las mareas de fondo pesan, las sombras son un vacío. Matar a un bicho. Es lo que hace cualquier día un niño de esa edad. Más vale un chancho bajo el dedo que cien huyendo.

6

Quizás lo peor vino cuando lo estaba matando. No antes ni después. No cuando ya era tarde y exhausta lo metió a la tina. No cuando Cristóbal, sentado, comenzó a jugar con una pelotita de goma naranja y roída por él. No cuando lo lavó con un poco de jabón restregándolo con eficiencia, como quien lava un plato al que se le ha pegado la comida. Ni cuando remojó su cabeza, lo enjuagó con un tazón enlozado y el niño se quejó porque le entró jabón en los ojos.

No antes, no después, sino el momento en que lo ahogó: lo agarró por los hombros, lo empujó hacia atrás y lo hundió con presión. El niño forcejeó, ¿será esto un juego? Ella siguió presionando hacia abajo para que no, un juego no, para que no lograra sacar la cabeza. Tan solo unos segundos y la resistencia cesó, llegó la falta de oxígeno. El agua, a su ritmo, detuvo su vaivén. El crepitar de la espuma apagándose. ¿Qué sintió M.A. en ese momento? ¿Sintió? Casi nunca se deja de pensar. ¿Por qué lo hizo? Lo hizo.

7

Lo había deseado tanto. No al hijo. Al hombre cuyo nombre no revela. Tampoco existe en los documentos de identificación. Cristóbal tiene el apellido de ella: Villablanca. El rastro del padre puede borrarse. Lo había deseado tanto sabiendo que lo dejaría ir.

Bordeando la carretera, cerca del motel, hay un cementerio de autos al que iban juntos cuando ya no podían más: les latían algunas partes del cuerpo cuando se acercaba la hora de verse. El cementerio de autos se llenaba de vivos, un asidero de lamentos, gemidos y gritos, algunas risas, golpes y abrazos. Quien se acuesta con niños amanece mojado. Pasan cosas de noche que de día nadie ve, aunque sea de día. Es la oscuridad la que ciega, pero Potreritos se encarga siempre de actuar al revés.

Hay un sendero que llega hasta allí desde el interior, angosto en algunos tramos, impregnado del agua de una acequia escurridiza, de vegetación silvestre y tupida. Les gustaba entrar por ahí, a M.A. y al hombre sin nombre, las ramas los arañaban desenfadadas y sutiles, sus cuerpos se rozaban en silencio, el suelo crujía bajo sus pisadas. Aquel roce, ese choquecito leve que antecedía al goce, lo aumentaba y se apuraban por llegar.

El cementerio de autos, con todo ese fierro, óxido y polvo tenía una belleza roída parecida a la de ellos. Ese montón de chatarra que alguna vez brilló y anduvo, esa detención y la falta de piezas, el calor y que existiera una mínima posibilidad de que alguien apareciera, los excitaba. Iban cuando ya caía la tarde, cuando la tibieza en el fierro hace unas horas había sido el sol estrellándose contra el metal hirviendo. Imaginar ese ardor a M.A. la encendía. Le gustaba mojarse porque así se mojaba más, sentir que el óxido se le pegaba en la piel cuando él se le abalanzaba. Extendían el preámbulo por puro placer, terminaban exhaustos y un rato después volvían a hacerlo. No podía asegurar que lo había amado porque no sabía muy bien lo que era eso. Este era un sentimiento sin nombre que atenuaba en ella una herida.

El deseo era ineludible, se dejaban poseer por él, sabiendo que no iba a durar. El deseo los desprotegía y suscitaba esas ganas de que alguien, algún día, los mirara resoplar y gemir, cerrar los ojos y abrirlos, percibiendo en ellos una desazón y una rabia. Alguien que evidenciara sus fisuras.

Cuando ya está por anochecer, la luz le da al agua una apariencia densa, como si fuese petróleo. El agua parece mansa y apacible. Esa hora momentánea se puede asemejar al deseo de M.A.: la plenitud de algo oscuro.

8

Tiempo después, M.A. volvió sola al cementerio, de noche. Todos esos autos no le parecieron más que un montón de chatarra llena de agujeros, un lugar abandonado y feo. Embarazada, caminó por el mismo sendero, los arañazos de las ramas en su piel eran eso, arañazos, y avanzaba sin determinación, desamparada mientras alojaba a alguien en su interior.

—A ni una mujer le gusta abortar —le había advertido la consejera social, con una convicción propia de quienes son corteses frente a la inclemencia de lo cotidiano. Delia Carrillo, consejera social de Potreritos. Su tono convencido quería convencer—: No es algo que se haga por deporte, ¿usted me escucha? ¿Me entiende lo que quiero decir?

Delia Carrillo intentaba encontrarla, en vista de que los ojos negros de M.A. parecían perdidos.

Había con ella una joven, porque los encuentros eran con dos o tres mujeres más, como si la unión de fuerzas débiles robusteciera el poder de convencimiento. La joven quería ir más allá, no de las calles del pueblo

ni a alguna ciudad más grande. No eran cosas con las que esa joven soñara, no tenía esa ambición:

—Prefiero ser realista y no ser como mi abuela: no haré lo que ella hizo. Quiero hacer lo que no hizo, justamente eso es lo que quiero hacer.

Delia Carillo le rebatió a la joven, con ese tono suave que aparentaba no rebatir nada:

—¿No cree, usted, que está aquí gracias a su abuela? ¿Que si no fuera por ella usted no hubiera nacido? ¿Se da cuenta de esa maravilla?

M.A. miró a la joven sin pestañear y la joven la miró a ella buscando

algún apoyo, alguna palabra que aflojara la discusión. Pero M.A. no dijo nada y la joven se levantó. Antes de salir de la sala miró directamente a la consejera y le dijo:

—Me las puedo arreglar sola, impostora social de la conchatupadre.

M.A. no olvida esa palabra, rodeada de ese montón de fierro que ya está frío con el pasar de las horas, en ese cementerio donde ocurren cosas. Concha de tu padre. Quizás puede abortar aquí. Quien se acuesta con niños amanece inundado, así se siente, como si de pronto el agua le fuera a llegar a la nariz, luego a la frente, hasta desaparecer entera. Quizás puede desangrarse sobre el óxido y la corrosión, qué más da. Se marea. De pronto oye una botella que se quiebra contra algo, dos hombres discuten por el robo fallido a un cajero.

—¿Estái frustrado, huevón?

—Estoy frustrado, huevón, muy frustrado, tengo ganas de metérselo a alguien.

M.A. no respira, es un auto más, un motor invadido por maleza, telas de araña, un auto muerto sin enterrar.

—Más feas que la chucha las minas de este pueblo de mierda, pero qué importa.

El otro hombre lanza una carcajada burlona, ¿se burla de esas mujeres? ¿Se burla de su amigo, quizás más feo que ellas? M.A. descubre que puede contener la respiración por mucho rato, no así su hijo bajo el agua al que ahogará años después.

No respira, está mareada, pero no se mueve. Cierra los ojos y la voz de la joven vuelve, real y segura, enfrentando a la consejera:

—No quiero cargar con algo que no quiero.

El miedo es lo que ahora le pesa a ella, de morir ahí violada o de entregarse a ese hombre para que la penetre, la haga tira y así quizás el niño que tiene dentro también muera. El miedo se le viene encima como el lastre que es para la joven parir un hijo, como la carga que es para el ladrón no haber logrado robar.

9

El padre de M.A. era de los que se levantaba en la noche a ver si sus hijos estaban bien tapados. Lo despertaban las carreras de ratones en el techo, «Estas gatas no sirven de nada», refunfuñaba mientras les hacía cariño durante el desayuno. Lo despertaban, iba a la cocina, agarraba la escoba y daba unos golpes secos contra el cielo para que las ratas huyeran. Después se asomaba en la habitación de sus hijos, a ver si estaban abrigados. A veces entraba, se sentaba en una de las camas y los miraba dormir.

Sus noches eran la extensión de una niñez sobresaltada. Los balazos no se olvidan, o al menos él tenía su manera de recordarlos, despertando al menor traqueteo de roedores o aves. Maldecía el graznido de ese chuncho nocturno y pequeño, de vuelo silencioso, que para la mayoría pasaba inadvertido, pero él lo descubría, persistente y agudo, siempre alerta por si hubiera que levantarse y ahuyentar lo que fuera.

De día, el padre intentaba conservar el humor aunque durmiera poco y trabajara mucho. Era el carnicero de Potreritos y no se permitía ver pasar la nada en ese pueblo donde a veces el hastío se incrustaba en las esquinas, o afuera de las casas, con señoras que se dedicaban a eso, a ver pasar la nada. Un montón de hilos desplegándose invisibles, un hilo curado traspasando vísceras, atrapando secretos. Había que resistirse a ello. Al padre lo envolvía el olor a carne, las moscas. Los dos hijos revoloteaban a su alrededor, entraban y salían entre esos retazos de cortina plástica, manchados de pequeñísimas gotas rojas. El cuchillo era afilado, era grande, era solo uno y salpicaba sangre. El padre cobraba lo justo y enterraba ahí donde la carne gritaba, muda, en la misma vibración que el hilo curado.

Algunas mujeres intentaban seducirlo. Al viudo de la carnicería había que casarlo de nuevo. Pero conservar el humor significaba no reaccionar de manera estridente y hablar lo mínimo posible. Con sus hijos tampoco hablaba tanto, no era lo más importante para cuidarlos.

«Quiero devorarte», le dijo una vez una mujer joven que entró solo para decirle eso, quiero devorarte. M.A. recuerda a esa mujer porque llevaba un vestido púrpura brillante y en Potreritos nadie se vestía así. La recuerda porque, siendo niña, deseó que su padre le dijera que sí, que podía ser devorado ahí, encima del tablón donde faenaba las carnes, a la vista de ella y de las moscas. Tiene vívida esa escena porque la suficiencia del padre le daba seguridad pero también la hacía sentir un vacío que podía llenar con un color como el púrpura brillante.

El padre nunca la habría ahogado. Eso seguro. Eso como una premisa ineludible. Y ahí está él, con ella, como casi siempre. No se puede estar siempre. Sentados frente a frente en la cárcel. Son pocos los hombres que visitan mujeres en la cárcel. Generalmente a las mujeres las visitan madres que les llevan a sus hijos, amigas, hermanas. Los hombres son excepción. El padre hace la cola como un bicho raro mientras las mujeres se mueven desenvueltas, hablan en voz alta, ya se conocen de visitas anteriores, muestran lo que les llevan a las reas dentro de bolsas que contienen más bolsas, se cuentan lo que ha sido la semana. Son arañas tejedoras y él se siente un insecto pequeño en esa red, acarrea una decepción que no ve en ellas. Las nota inquietas, ansiosas, incluso alegres o groseras, pero nunca apagadas. Ve una luz alrededor de sus cuerpos, como cuando corta un trozo de animal muerto, el corte es perfecto y emana un brillo especial.

Él en cambio se está apagando, igual a una vela que se consume de a poco, sola y que no se sopla, queda ahí hasta que se derrite y forma una figura sin forma.

—No puedes hacer nada —oye que le dice una mujer a otra, oye su propia voz diciendo: no puedes hacer nada. La cola avanza y él se encoge cada vez más.

Frente a su hija no puede disimular el abatimiento, pero en ningún momento la incrimina ni la desprecia, no la asedia con preguntas ni quiere explicaciones.

—Deberías haberme hecho caso y haberte venido conmigo a Santiago. Eres porfiada.

Le habla como si fuera una niña que ha hecho una travesura. M.A. mira hacia abajo. Es de pocas palabras y está nerviosa, una niña que

no ha hecho caso y que no se disculpará.

—Cuéntame algo —le pide en voz baja. Una niña que quiere que la distraigan.

—Atropellé a un perro en el camino.

M.A. levanta la vista y lo mira, no sabe por qué esa frase le trae recuerdos de algo que su padre le dijo alguna vez, hace mucho tiempo, en esas mañanas en que acariciaba a sus gatas: «Gatita sabia esta, sabe a quién conservar». M.A. no entendió esa frase, pero ahora que su padre le cuenta del atropello, la entiende.

—¿Lo mataste?

—Creo que no, al menos no ahí mismo.

El perro arrancó cojeando, él no lo oyó lamentarse, iba con las ventanas del auto cerradas.

Las visitas duran dos horas. Hay ruido en la sala, voces de mujeres que necesitan decir todo lo que quieren decir en esas dos horas mientras la voz del padre intenta, al menos, conservar su esencia de bicho.

—Qué vas hacer, hija.

Como si hubiera algo que hacer. Conoce a su hija aunque ahora, enfrente suyo, le resulte una completa desconocida. Mantienen silencio un buen rato y eso parece bastar en medio de gritos, risas y sollozos.

El padre guarda sus lágrimas y su hija tampoco llora. Ve cómo ahoga a su nieto. La escena se posa ante a él sobre la mesa que los separa, una imagen que luego se va, como una cosa simple que se lleva el viento. «Dame tus manos», tiene ganas de decirle, pero el padre sabe que su hija no se las dará. Es una completa desconocida, sabe lo que puede obtener de ella.

—Hablé con la Chivi, no vendrá todavía.

M.A. asiente, como si no le importara mucho. No le importa.

—No te rindas. Volveré pronto.

El padre no volverá tan pronto. Cuando M.A. entre en la habitación, la estará esperando Victoria, con esas palabras como navajas que entierra en su carne:

—¡Y tiene papi la asesina! ¡La vienen a ver a la hijita cabrona!

Esta vez M.A. actúa y habla. Agarra con fuerza del cuello a Victoria:

—Con mi papá no, pendeja de mierda, con mi papá no.

—¡Me está ahorcando! —grita Victoria—. ¡La asesina me quiere matar, hay que matarla, mátenla, mátenlaaa!

Se demoran en llegar a auxiliarlas, pero llegan. A pesar de la fuerza de ambas, las separan. M.A. pasará a la sección de confinamiento estricto por su acto indebido y peligroso. Se la llevan y ella no opone resistencia. Su padre le hace cariño por las noches, la arropa. La gata come en dosis justas, como si supiera, a diferencia de un perro, que después igual tendrá comida. Así funcionan los recuerdos, no se tienen hasta que de pronto aparecen como el día siguiente.

10

M.A. recogió a la Chivi cuando no tenía ni un año. Eso dice ella, que la recogió, como a una guagua pilucha y berreando en medio de un vertedero, dentro del basurero de un baño público, abandonada en un armario de una casa antigua y deshabitada. Pero dice que antes de quedarse con ella la habían adoptado unos extranjeros recién llegados a Potreritos.

Un accidente de carretera los dejó inconscientes y luego muertos y la Chivi, una lactante seria, de ojos muy abiertos, no fue reclamada por nadie. Los cuerpos fueron deportados al país de origen pero allá, decía, nadie sabía que había una hija. ¿Cómo había llegado esa niña a brazos de estos extranjeros? Antes de caer en Potreritos habían pasado por otros pueblos. No había expedientes ni registros en algún archivador junto a más archivadores. Sospechoso, rumoreaban en el pueblo, faltan piezas. Como fuera, la Chivi entonces era una aparecida, una niña sin origen. La idea del baño público o del vertedero no era improbable. Rumores, versiones de lo mismo, nadie sabe nada.

M.A. ayudaba a cuidar de la niña antes del accidente. Se encariñó rápido, «Me gustan mucho las guaguas», les dijo a los extranjeros cuando llegó por el aviso pegado en los postes del alumbrado en las calles donde había luz y en el almacén más cercano a su casa. El aviso, escrito a mano, delgada la letra de una delgada mano decía: «Niñera para bebé / requiere dedicación / necesaria experiencia / buena paga / “calor de hogar”». El entrecomillado es literal, no estaba claro si era algo que se le iba a dar a la niñera o si era la niñera la que tenía que darlo. La extranjera confió en ella, el extranjero confió más en lo que vio: M.A. logró hacer dormir a la Chivi de un sopetón en sus brazos mientras la entrevistaban. La madre se demoraba tanto, se desesperaba y desesperaba al resto. La llegada de M.A. era un alivio.

Pero entonces, con ellos muertos, no sabía si quedarse con la niña que nadie reclamaba. Así funciona este pueblo lleno de vacíos, bulla encubierta para los que solo persiguen lo que ven. «Esta guagua es

mía», M.A. soñaba con una voz sin cuerpo que le decía: esta guagua es mía. No solo se le aparecía en sueños, a veces, mientras hacía mantequilla con la nata que juntaba de la leche de vaca, la voz irrumpía desde esa masa espesa y grasosa que revolvía para que fuera digerible.

Los primeros días se mantuvo en la casa de los extranjeros, tranquila, sin dar pie a chismes. Era una casa amplia en medio de uno de los bosques, de dos ambientes, madera refinada, sobria decoración. Ni una casa en Potreritos era así. Los extranjeros, esa gente que venía de otro mundo, como si tuvieran siempre una temperatura menor al resto y el bosque les sirviera para guarecerse y mantenerse estables. A todos les puede pasar: volverse extranjeros, ser capaces de hacer algo así, matar a alguien, por ejemplo. Pero nadie se pone en ese lugar. «No matarás», dicen libres de polvo, de paja, de sangre. Siempre son otros los asesinos, eso seguro, aunque el polvo y la paja los cubran como finos cristales de hielo.

Durante esos días, M.A. seguía haciendo dormir fácilmente a la Chivi, le daba leche de vaca y seguía esperando. No se acercaría a ni una oficina a preguntar nada. Desde ese tiempo evitaba los trámites y entablar conversaciones. No le interesaba la vida de los otros. Su padre ya había partido a Santiago, «No me iré a esa ciudad encajonada, anda tranquilo», le había dicho M.A. Una buena oferta en una empresa carnicera lo había terminado por convencer, hastiado de Potreritos, que lo hacía envejecer rápido al concentrar su atención en unas pocas cosas. Un pueblo que malgastaba su energía y lo absorbía todo, como un remolino de polvo. Era preferible el infierno grande.

Un día M.A. decidió que se llevaría a la Chivi a su casa para criarla. Así fue creciendo con ella y con su gallo, Igor. El gallo dormía parado en un árbol, aferrado sin esfuerzo a la rama más alta. Algunos vecinos diligentes le ofrecían ayuda pero «no gracias, estamos bien». Otros rehuían de ellas, la vecina huraña había acogido a una aparecida, una niña rara, ¿de unos extraños?, que también puede haber bajado de los cerros.

M.A. nunca abría entera la puerta, no dejaba ver por completo su casa, pero nadie podía atribuirle alguna falta. Crio a la Chivi con

dedicación, que no es lo mismo que con amor, y no le pareció difícil. Se tomaba el tiempo necesario para mirarla a los mismos ojos huidizos que ella tenía. Desde ahí se erigía un lazo que las situaba de manera parecida en el mundo.

M.A. evitaba cualquier riesgo para que no le pasara nada grave, pero la descuidaba lo justo porque no pretendía darle un árbol genealógico. El de ambas ya estaba manchado, borroneado, cortado. Eran cortes e interrupciones diferentes, pero estaban ahí, como la textura y consistencia de una fruta madura, medio podrida y sangrando después de un fino tajo. Le daba simplemente lo que tenía, sin forzar nada. El canto de Igor al amanecer, agudo e insistente, era preferible a averiguar en oficinas. Sabía que llevársela implicaba transitar hacia un tipo de existencia más rígida. Podía dejarla ahí, en la casa de los extranjeros, a su mala suerte, pero no se le pasó por la mente hacerlo. Cargó a la niña sin esfuerzo, cerró la puerta y guardó la llave en el bolsillo interno de su mochila. Podía volver cuando quisiera.

11

Ya se sabe: el niño llegó varios años después y hay más información. Que M.A. no revele todo es otra cosa. Sabemos que los tres años que el niño vivió podría no haberlos vivido. A veces es mejor así. Quizás el hombre hubiera sido un buen padre. Ella no le dijo que estaba embarazada. ¿Por qué habría de hacerlo? El hijo era de él, sin duda, pero podría haber sido de otro. Había que dejarlo ir. No quería un hombre.

Se saben cosas en este pueblo y en el de al lado y en todas partes. M.A., a pesar de haber confesado, a ratos resulta bastante compleja, aunque la mayoría de las veces se muestra decidida. En otras ocasiones suena perdida. Quienes la interrogan dicen eso, que demuestra confusión: cuenta que la noche anterior al ahogo salió al patio a callar al gallo porque se puso a cantar a deshora, que sintió cucarachas recorrerle las piernas, pero al iluminarlas no vio nada más que sus piernas. Insiste en que recorrían el patio y que las barría pero volvían a aparecer.

—Me dan asco y estoy harta de la putrefacción.

Repite palabras hasta que pierden el sentido, exactamente igual a como lo hace un niño cuando aprende a hablar.

—Las barro porque me dan asco, me basta con mi putrefacción... la de aquí dentro, yo sí cuidé bien una vez, yo cuidé bien, bien, bien...

Repite palabras hasta que pierden el sentido. Qué es cuidar.

12

La madre de M.A. empezó a acumular. Desde que la menor de sus hijas murió, a los pocos días de nacida, tardó pocos meses en transformarse en una mujer rodeada de bichos y objetos y un par de hijos que se fueron mimetizando o camuflando con esos bichos y objetos. Todo vivía, se estancaba y perecía allí.

Su hija no murió en sus brazos. Ella tampoco lo haría en los brazos de nadie. No pensó que su vida acabaría así, pero quién piensa en eso mientras la savia brota de un tallo recién cortado. «El que guarda siempre tiene», empezó a repetir la madre cuando amontonaba cerritos de basura que barría con devoción y luego dejaba la escoba apoyada con el mango hacia abajo.

La habían llamado Ana, a esa tercera hija de corto nombre como su vida, solo tres semanas. Las vidas cortas son un misterio, ¿por qué alguien dura solo veinte días, dejando esa sensación de vida que no fue? La ausencia: un hocico ávido que no nos suelta y nos quiere desmenuzar. El día del funeral, la madre de M.A. no es realmente capaz de estar ahí. Está su cuerpo, sin duda, oye que le dicen lo siento, lo siento, lo siento. La abrazan, pero todos los abrazos se perciben iguales. La gente es una masa imperecedera que sobra.

Sus hijos caminan entre la gente, no pasan de los siete años. A M.A. se le ha muerto una hermana pero está más preocupada de la bandeja con sopaipillas que recién ha puesto una vecina sobre una mesa larga. Las huele, quiere agarrar más de una. Ana nació sana. Algo se torció en el camino y la madre no se convence. Cree que Ana se quedó en algún lugar confuso, una materia oscura, y las muertes naturales no quedan ahí. Le parecen sospechosas algunas condolencias, se siente aturdida. El cuerpo de su hija muerta está allí, pero es eso: un cuerpo. Lo mira de lejos mientras se cruza una fuente onerosa de papas calientes, y los cantores y sus guitarras, a ratos desafinados, versan a lo lejos: «Los dolores que pasó mi madre cuando nací (...) en un valle de amargura, me voy, me voy (...) Ahora que voy pa'l cielo me tengo

que despedir (...)».

Ana está sobre una silla de madera, tiesa pero de pie. Lleva un vestido blanco y no hay flores a su alrededor. Tiene los ojos cerrados, a otras guaguas se los mantienen abiertos con un arroz para que vean el camino al cielo. El funeral durará toda la noche y el cuerpo de Ana no se moverá. De pie, por ningún motivo acostada sobre la mesa. En la mesa solo se debe comer. La madre apenas puede tragar. Se quema con un pedazo de papa. M.A. y su hermano tragan y juegan a tirarse trozos de cochayuyo. La madre no soporta verlos reír, va al baño y, apoyada en el lavamanos, un remolino dentro de ella se la lleva, amarillo fuego, como un planeta naciendo.

La despabila de pronto una gallina dentro de la tina. Es blanca y marrón, de cresta y cara rojas, sus plumas brillan y está quieta. Cree haber visto que todas las gallinas estaban mudando de plumas, trasquiladas deambulaban por el patio acogiendo los últimos rayos del sol de verano. Esta es gorda y reluciente. «Estamos solas», le dice en voz alta, sin entender por qué le habla a una gallina que no la mira ni le responde.

En este funeral no hacen falta lloronas porque viejas con lágrimas de cocodrilo hay de sobra. Llantos devotos con exceso de cordura. La madre mira a las viejas desde la puerta del baño y desconfía. Sabe que, cuando llore, dejará que la insensatez se apodere de ella sin rozar la expiación.

Vuelve lenta y silenciosa a la sala, su marido acude de inmediato a asistirla:

—¿Dónde estaba, mija, necesita algo? ¿Qué le sirvo?

—Nada.

Su marido no le sirve de nada.

Cree que todo este tiempo ha estado haciendo en vez de viviendo, cree que vivir es esto, sentir algo sin saber con exactitud de dónde viene y por qué surge sin más. Los cantores no callan: «Yo te vengo a saludar, feliz noche bendecida (...) Adiós lucero del alba».

—Aguardiente —pide de pronto con inusitada exigencia—, aguardiente, ahora.

No mira directamente al marido, desvía la mirada hacia un lugar donde no hay nadie pero parece haber algo. Sus ojos fijos son iguales a

los de la gallina. Sus hijos se persiguen más allá y desea con fervor que dejen de corretear entre la gente, que dejen de engullir todo lo que sale de la cocina, que no hablen para darle voz a ella, a Ana, a todo esto.

13

—¿Sirve de algo que cuente lo mismo de nuevo? —pregunta molesta M.A. cuando la interrogan sobre el funeral de Cristóbal. Por ahora se lo conceden, que no responda. Pasan a la siguiente pregunta.

Ella responde:

—No. No tuve madre.

A lo mejor la niega. O miente. Es probable que esté mintiendo.

—Sí, tengo otra hija.

—Miente. No es verdaderamente su hija. Es una aparecida.

—Da igual. Es mi hija.

—No hay certificados que lo corroboren.

—No importa la sangre.

—A ella, a esa joven que no es su hija, ¿también pensó en matarla?

—Nunca. Es mi hija.

Más preguntas que ya no escucha.

—Sí.

Responde.

—Sí.

Solo responde.

No importa quién sea: médicos, policía de investigaciones, vecinos, familiares. Las preguntas no siempre son útiles. La muerte no pasa colada. A Ana la bañaron antes de acicalarla con su vestido blanco, sin costuras. ¿Qué alcanzó a percibir del mundo? M.A. se escondió tras una puerta y se tapó los oídos mientras su madre bramaba. Cristóbal murió en los brazos de M.A. y él no la reconoció.

14

Pasan las horas y no es capaz de moverse, al igual que el cuerpo que tiene ahí arropado. No toma pastillas para dormir, nada que la haga entrar en sopor. Nadie mata por matar, dicen los más refinados. Debe haber una razón. Un principio, un desarrollo, un final, sobre todo un final.

El cuerpo del niño ya está frío. Siempre quieren saber más de lo que saben. Voces tumultuosas, afectadas por un vendaval en el campo, ¿has estado en medio de un vendaval en el campo? Un predio abierto, el viento antes de la lluvia. No siempre hay tibieza antes de que llueva. Los árboles alrededor se encargan de traer la helada hasta que se desata el aguacero y el barro comienza a correr, como las voces que corren y le murmuran al oído, como ese viento inefable que se hace oír a pesar de la lluvia. Ahí están: el viento, las voces.

Quién eres, madre. De qué sirve una madre si el hijo ya se fue.

¿Qué hago con este cuerpo muerto? El niño ya no parece un niño, se transforma a medida que pasa el tiempo. Los minutos lo despojan de algo, ¿de qué?, ¿de qué lo sacan? ¿Qué es lo que ya no tiene? Antes salía de él un olor dulce, olor a niño dormido. Ahora corrobora que, en las primeras horas, un cadáver no huele a nada. Podría dejarlo aquí y llamar al motel, decir que por un buen tiempo no podrá ir, que le descuenten el sueldo, que no importa, que a la vuelta puede triplicar los turnos y así recuperar el dinero. Puede dejarlo así hasta que su piel se vuelva áspera y gris, hasta que empiece a llenarse de orificios hechos por insectos. El funeral puede esperar. Puede empeñarse en conservar ese cuerpo, darle mejor cuidado, frotarlo con hojas y hierbas especiales, o aplicar directamente formol.

Pasa un día. Pasan dos. Ella misma llama al 133.

—Lo maté —confiesa—, maté a mi hijo.

No grita, no llora durante el llamado.

El día del funeral, la hora que dura el entierro, M.A. imagina que alguien la lleva de noche dentro de un auto con las luces apagadas,

por el mismo camino que llevaba al niño a la guardería. Va escoltada y esposada. Aunque si estuviera libre, no se tiraría encima del ataúd como otras.

Poco rato después del llamado, llega a su casa la brigada de homicidios de la Policía de Investigaciones de la ciudad más cercana y el Servicio Médico Legal. La detienen y antes de quedarse en completo silencio, sugiere:

—Métanlo dentro de un árbol.

Pero sus deseos no son órdenes. No se le conceden deseos a una madre asesina. Los ataúdes pueden ser de madera, pero jamás serán un árbol. Un árbol tiene una raíz, puedes tallar su tronco, hacer un agujero y meter adentro a un niño muerto. El árbol se encargará de preservarlo, de hacer que todos hablen de él como si estuviera vivo.

Los vecinos quieren saber qué hizo antes, qué hizo después. ¿Dejó la luz prendida durante esas dos noches? ¿Comió algo durante esos dos días? ¿Cuánto se tarda en volver a comer después de haber matado a un hijo? ¿Durmió? Las opiniones se interponen, se contradicen, son ajenas. Nunca saben toda la verdad.

15

Vívalo aquí, no en su casa. Aunque trabajara allí todos los días, el cartel se le venía encima como si fuese una novedad. Resonaba en su cabeza aquella frase cada vez que llegaba al motel, por más que fuera parte del decorado. Como si estuviera aprendiendo a leer, leía siempre lo mismo. El cartel estaba impecable, por orden del dueño debía estar impecable siempre, que no se pensara que era un motel venido a menos, que fuera de carretera no implicaba habitaciones con ropa de cama sucia, superficies pegoteadas. El Escándalo era ordenado y limpio. Los paquetes de maní se guardaban en una pequeña despensa donde solo había paquetes de maní. Había otra despensa más grande para las bebidas y el alcohol. Otra para los vasos y copas. La ropa de cama y las toallas debían estar perfectamente dobladas en un par de armarios junto a una secadora y dos lavadoras industriales.

A veces su compañera llevaba su propia ropa para lavarla allá. Los trabajadores debían estar igual de impecables. Había un uniforme de verano y otro de invierno. La diferencia era el tipo de tela pues el color era el mismo, concho de vino para una falda tres cuartos, un blazer de diseño sobrio, una blusa blanca. Podía sumarse un chaleco en invierno. También concho de vino. Los trabajadores tenían que ser puntuales, silenciosos y pulcros, justo lo contrario de los clientes. Eso decía el jefe cuando entrevistaba a los nuevos. Hace tiempo que no había nuevos. «No se mira a los ojos de los clientes, no se les habla más de la cuenta, decir lo justo, son ellos los que vienen a chillar», aseveraba el dueño de esta casona antigua donde el recibidor era amplio, las habitaciones estaban en el primer y segundo piso, al que se accedía por una amplia escalera. Las despensas estaban en un subterráneo al que se bajaba por escalones estrechos y oscuros, de madera que crujía, con paredes tapizadas de un papel de diseño floral. Su compañera a veces llevaba un montón de ropa sucia en un bolso deportivo, entraba rápido sin saludarla, bajaba rauda y aparecía de nuevo sin el bolso. Había que ser cordial con el cliente, aunque ellos

no fueran educados. Esas eran las reglas.

Entre ellas no había cordialidad. Era culpa de su compañera. Eso decía M.A., aunque reconocía que de su parte también había un desgano en ser amable.

—Es cruel —le contaba a la Chivi—, a veces me sabotea y termino trabajando más que ella.

—Pero cuéntame, qué hace.

—Eso, trabajo más por culpa de ella.

M.A. no daba más detalles y sin detalles el cuento no es cuento. La Chivi tampoco insistía. La ropa sucia que traía su compañera olía a meado de gato, la lavadora industrial no lograba quitar de encima el olor. M.A. no lograba sacarse de encima el encono. Un aura sombría cubría el cuerpo grueso de su compañera. Eso sí lo contaba. «Veo un halo negro alrededor de su cuerpo, sobre todo en la parte del cuello, la cabeza». La Chivi le decía que tuviera cuidado, que esas vibraciones podían ser contagiosas, que viera la manera de cambiar los turnos, no toparse más con ella. Era lo que podía aportar.

Unas semanas antes de matar a su hijo, el mismo día en que llegaron las toallas nuevas, les tocó recibir a una pareja. Ella y su compañera estaban en la recepción. Atardecía, había poco flujo, habitualmente los gemidos de fondo le eran indiferentes. No recuerda si alguna vez la excitaron. Probablemente sí, una que otra vez, una excitación percibida como ajena, un placer difuso, una satisfacción más que un placer. Dejaba pasar esos gemidos y con el tiempo ni siquiera los oía, aunque existieran todos los días y noches. La pareja entró y ella les pidió la identificación, ingresó sus nombres y la hora de llegada en el sistema. Les ofreció las tarifas disponibles, tres horas, seis horas o doce. Su compañera, sentada a su lado, era un perezoso lento e inmutable, parecía estar en lo alto de una rama, las garras sí las tenía largas.

El rostro de la mujer le resultó familiar, la había visto en alguna parte, pero nunca la había oído hablar. La había visto trabajar en algún lado, moviendo su cuerpo al ritmo de algún trabajo que requería manipular algo con las manos, ¿cosechando?, ¿envolviendo?, ¿limpiando?, no lograba dar con la imagen. Aquí, en cambio, tenía voz e iba más arreglada. Repasó lugares del pueblo como si fueran

postales, pero nada, ella faenaba algo con las manos y eso aquí no estaba. Se movía distinto.

—Usted es de las que nunca se divierte —le dijo de pronto a M.A. mientras acariciaba el brazo del hombre como si fuera algo que hay que frotar con insistencia para poseerlo. M.A. no la miró a los ojos, a pesar de que la mujer había traspasado una barrera de manera abrupta. Ignorar cualquier indicio de conversación, esas eran las órdenes.

—Bien les haría a ustedes dos mandar todo a la mierda —continuó la mujer mientras se mostraba coqueta a la altura del esternón, con esa coquetería precisa en partes precisas del cuerpo. Tenía el pelo corto, negro, pero por un instante a M.A. le pareció que podía ser una peluca. No llevaba maquillaje, pero sus labios estaban húmedos, quizás un brillo labial o la humectación de su propia saliva.

La fiesta del chancho muerto del pueblo vecino. Una imagen vívida de esa celebración, una ráfaga nítida. La mujer había trabajado ahí, en esa fiesta que reunía a tanta gente y algarabía. El rostro del hombre también le sonaba conocido, pero se le perdía por completo. No lograba, además, asociarlo con ella, era improbable que esos dos cuerpos pudiesen estar frotándose así, como lo estaban haciendo aquí adentro. Sus nombres no le decían nada. Sus alientos olían a alcohol. Eso era preferible al meado de gato. Se mecían y contrastaban con la perezosa inmutable y con la rigidez de M.A.

—Tú eres muy linda —le dijo el hombre a M.A., que de pronto se mareó y sintió la mirada de la mujer en la sien, esos ojos vacíos que anteceden a la pasión, esa disposición laxa antes de que el cuerpo de y reciba. M.A. fijó la vista en el esternón de la mujer. Su compañera se despabiló y ese halo negro que cubría su cuello y su cabeza se desplazó para cubrirla a ella. Entonces sintió que era un pájaro de vuelo torpe y difuso que se golpea contra un vidrio, un trapo en las manos de una mujer cansada, que saca brillo a un mueble viejo. Estas visiones condensaron cómo se sentía siempre, pero fue en ese momento donde pudo realmente asimilarlo: un pájaro que se estrella.

La compañera tomó la posta y le preguntó a la pareja qué iban a tomar.

—Tomarrr... —el hombre arrastró la erre y mordió la oreja de la

mujer, un pedazo de carne móvil.

—¿Pagan con efectivo o tarjeta?

M.A. salió del aturdimiento y estiró la mano para realizar la transacción. Al hombre se le hinchó una vena en el cuello, una vena aterida de futuro próximo. M.A. sacó de un cajón la llave de la habitación, y no pudo ponerse de pie para guiarlos.

—No puedo pararme —le dijo a su compañera, en voz baja.

—¿Cómo? —replicó ella con un gesto de desprecio. Aunque la había escuchado perfecto y la notaba más pálida de lo que era, sabía que algo le pasaba y sería ella quien tendría que pararse con desgano. La pareja no reparaba en nada, su marea los tenía sumidos en otra agua.

La siguieron por el pasillo del primer piso, habitación 22, metió la llave en la cerradura con rabia:

—Bienvenidos, vívanlo aquí, no en su casa —les dijo en un tono más alto de lo normal. M.A. pudo oírla; debía estar preparando la bandeja con los dos vasos de whisky, pero no lograba moverse. La puerta se cerró de golpe y los pasos de su compañera se acercaron firmes y ágiles. A lo lejos, un aullido de júbilo proveniente de esos labios húmedos.

—Despierta, estúpida.

La compañera dejó las llaves sobre el mesón y desapareció por la escalera que daba al subterráneo. El cuerpo de M.A. parecía una estatua, aunque sentía la sangre fluyendo por dentro y húmedo su calzón, los pies sudorosos y un hormigueo en las manos. La pretina de la falda era demasiado ajustada para que la mano pudiera pasar por arriba así que la mano levantó la falda, las piernas se abrieron un poco, los dedos rozaron ese calzón húmedo y lo acariciaron, como si fuese un cachorro que necesita atención. Un cachorro que gruñe de manera tierna y apenas audible. En el subterráneo se rompieron dos vasos.

16

El terror paraliza pero también nos vuelve exigentes. Incita a revertir lo que ya es definitivo. Haz algo, asesina. Revive a tu hijo, aunque sea imposible. El esfuerzo al menos hubiera demostrado algún interés. Por qué esperar dos días, ¡dos días!, por qué no gritar más, un alarido no basta. Por qué te quedaste quieta, deberías haber salido corriendo a buscar ayuda. Eso hacen los arrepentidos. Hundiste un cuerpo en el agua. El agua no siempre es bendita. Una ola imprevista te puede tragar cuando vas caminando por la orilla de la playa.

Así murió su hermano mayor. Se lo comió una ola. Eran adolescentes, estaban caminando los tres, ella, el padre y su hermano dentro del agua, en la orilla, las olas rompían fieras en la playa no apta para baño. De repente su hermano ya no estaba. Las olas se recogían, la cara deformada del padre. No hay sonido, es una escena muda. Cuando te come una ola, no hay música posible.

M.A. nunca volvió a la playa y evitaba ir a los lugares del pueblo donde se ve el mar. Tampoco deja que el recuerdo entre, no es solícita, no deja que la pérdida encuentre el punto exacto donde instalarse. Algo impulsa el movimiento, el agua nunca se mantiene igual y puede invadir a toda una familia. M.A. tiene un cuerpo inerte a su lado, pero la muerte está en otra parte.

17

En los tiempos de la acumulación, un día M.A. va con su madre a la calle Garmendia, donde queda el centro «Pedacito de Cielo», un lugar donde cuidaban a los niños de madres granjeras que araban la tierra, cosechaban viñedos, extraían peces. Mujeres de ganado, de viento y de partos recientes. Le han dicho que en esa calle puede encontrar un tarro de basura grande, donde botan revistas que a ella le servirán porque todo le sirve.

—Acompáñame que voy a recoger revistas —le dice su madre y la agarra del brazo sin darle otra opción. Es la hora de salida del centro y hay mujeres retirando a sus hijos.

Las madres son duraznos maduros recién sacados de los árboles. Aunque sean distintas entre ellas, su apariencia, sus expresiones, lo que irradian sus ojos, ella las ve a todas igual: duraznos maduros en su punto, rosáceos y anaranjados, sin golpes ni cortes. Las guaguas van envueltas en chales blancos, apenas se les ve la cara, ahí desde donde están ellas, casi congeladas, porque la madre ha puesto el brazo por delante de la pequeña M.A. para que se detenga y aprecie este paisaje.

—Mira esto, verdadera belleza.

Madres con sus hijos en brazos, observa la niña.

Se quedan ahí hasta que todas salen y no queda ni una, hasta que de a poco se retiran las otras mujeres, las voluntarias que cuidan a las guaguas, casi todas más viejas y sabias, se advierte cuando hablas con ellas, así transmiten lo que saben, hablando y cuidando a los demás. La madre espera hasta que aparece la última.

—Graciela me va a ayudar. Movámonos —le dice a M.A.

Camina con pasos largos, algo más allá de ella rige su cuerpo y su habla. La pequeña M.A. la sigue, sus movimientos son los de siempre, un potrillo grácil abocado a seguirla. La madre saluda a Graciela como si la conociera, un saludo cotidiano aunque ella dejó de ser cotidiana cuando Ana murió, desde que hay bichos hambrientos que recorren la casa, restos de comida que parecen estar más vivos que los que viven

ahí.

Graciela es amable y le devuelve el saludo.

—Usted sabe lo que me pasó, ¿verdad, Graciela?, usted sabe.

Graciela es respetuosa, permanecen dentro de ella las demandas de las guaguas que hoy atendió. La escucha.

—Quiero pedirle algo, algo importante. Usted... yo sé que usted podría hacerlo.

—Si puedo, claro que la ayudo, mujer.

Graciela le toca el hombro. A las madres que pierden a sus hijos hay que tocarlas, traerlas a la tierra, para que no se esfumen.

—Si alguna vez una de esas granjeras no llega porque algo les pasa, no sé, algo grave, algo que no les permita venir a recoger nunca más a sus hijos, en esos trabajos pueden ocurrir accidentes... Ahí necesito que me llame, que me avise a mí, yo puedo quedarme con esa guagua, y usted, yo sé, usted puede dármela. Usted sabe de ofrendas y contrabandos.

Graciela se queda petrificada un instante pero no deja de mirarla con serenidad. La pequeña M.A. escucha en silencio.

—Estoy amputada sin Ana.

Cuando una niña escucha, después dice, después piensa, después siente. Graciela mira a la niña y le sonríe. Cree que necesita esa sonrisa.

La madre comienza a jadear igual que un perro con sed después de callejear, hurgar y jugar. Parece cansada de pronto, como si decir lo que ha dicho le hubiera costado mucho y hubiera salido de un trance pero no, sigue ahí. No saldrá nunca.

Su hija la toma de la mano, hace de madre, para que no se caiga como se cae una niña. Ofrendas y contrabandos. Sí, eso lo ha hecho Graciela junto a otras mujeres que llevan años de años en este pueblo, haciendo acuerdos con hombres y mujeres para que el arado, para que el viento, para que el ganado no huya, no se lo lleve nadie.

—¿Estás segura, mujer? ¿Por qué crees que te vendría bien una guagua que no es tuya?

—Me vendría bien. Estoy segura.

—Me han dicho que tu casa está llena de trastos. No te puedo dar una cría con una casa así. Tendríamos que hacer un trato.

—No puedo deshacerme de nada.

—Así no podemos proceder.

—Necesito una guagua, Graciela.

—Es con trato o no es.

—Ayúdame.

—Pero tienes que dejar que te ayude.

—Tratos… contrabandos… ¡yo quiero una niña!

—Solo si limpias tu casa, si sacas a Ana de ahí, te doy lo que quieres.

—¡Ana no está ahí, qué estás diciendo!

La madre de M.A. intenta golpear a Graciela pero ella la detiene. Con su fuerza, serena y en silencio.

—¿Me quieres pedir algo a cambio, Graciela? Te lo doy.

A la madre le tiembla la voz, la rabia no es impasible.

—No, mujer. Tú eres quien me está pidiendo algo.

—Entonces ayúdame. Tú puedes, yo no puedo. Quiero una guagua. Dámela.

18

Los recuerdos están llenos de mentira: después de la pelea, M.A. estuvo diez días en la sección Corona, la zona de confinamiento donde había doce celdas pequeñas y húmedas, donde se dormía en colchoneta y podías salir dos veces al día para ir al baño y no podías fumar. Ella no fumaba. Oyó sin pausa los alaridos de otras reclusas. Dicen que las confinadas nunca paran de alegar, y que esto las distingue de los hombres confinados. Eso dicen los expertos, que los hombres aceptan sin chistar el castigo, mientras las mujeres se quejan y se quejan. M.A. permaneció en completo silencio durante esos diez días. Los recuerdos están llenos de mentira, pensó mientras era imposible apartarlos.

Cuando su madre murió era un objeto más dentro de todos los que acumulaba. Un objeto pesado y grande que apenas se movía entre las ratas que hurgaban en baldes atestados de huesos de pollo. Jugaba con su hermano a perseguir bichos, la puerta de la casa pasaba casi siempre abierta porque el olor era insoportable. Hasta hoy no puede describir ese olor, solo olerlo. La madre murió sentada porque ya casi no se ponía de pie. Ellos estaban afuera. Rendido, el padre a veces se perdía, no tenía hombros para sostener siempre a su mujer, era de huesos finos y debía alimentar a sus hijos. No anunciaba su desaparición y la madre también se iba por horas para recoger cosas porque, según ella, todo tenía potencial.

Durante esas horas, el padre hacía un barrido y limpiaba un poco la casa, aunque no tuviera ganas. Poseído por el ímpetu de una misión religiosa, de esas a las que la gente no renuncia aunque deban renunciar a todo, les pedía ayuda a sus hijos para arrumbar baldes meados, chatarra, montones de envases vacíos, insectos aplastados entre montoncitos de basura perfectamente montados. Luego, como si la misión tuviera etapas, les ordenaba que se fueran a jugar al bosque, pero ellos no lo querían dejar solo y atrapaban baratas. Al rato llegaba una camioneta y se llevaba lo que había logrado reunir. M.A. recuerda

esa masa que parecía impoluta, un cerro de porquerías que perdía su condición de basura. Le hubiera gustado sentarse en la punta e irse con esa camioneta y el chofer joven que ella no conocía.

La madre al llegar se indignaba, porque sabía exactamente lo que tenía y lo que no, lo que estaba en ese rincón y el otro, la mierda de ese insecto pequeñísimo acumulada en un cerrito al lado de la puerta de la cocina, donde se arrumbaba la loza sin lavar en un lavaplatos invisible. El padre intentaba calmarla, pero no lo lograba y entonces desaparecía por algunos días. La madre quedaba resoplando por mucho rato, roja, sentada sobre el cojín gastado que ya tenía su forma.

Un día están jugando con su hermano en la puerta de la casa. A lo lejos, la madre canta una canción en voz baja, pero ellos pueden oírla, ellos siempre están atentos. Una melodía desentonada:

a-a-a mi niñita ya no está
(una pausa)
e-e-e mi niñita ya se fue
i-i-i- mi niñita no está aquí
(un jadeo)
o-o-o- mi niñita se murió
(sube el tono de su voz)
u-u-u- mi niñita hace ¡bu!

La madre ríe y solloza, no distinguen si es lo uno o lo otro. Ellos no se mueven, a los pies de la escalinata, la madera está tibia, la astucia ya es parte de su instinto. Oyen un resoplido que no es igual al resoplido de siempre. Es un relincho de caballo pero viene de ella.

Entran y la hallan casi muerta. Ya no habla, tiene los ojos entreabiertos, sigue resoplando levemente, un aliento hediondo sale entre esos dientes de caballo viejo. Hasta que ya no sale nada y el hermano dice: «Está muerta». M.A. sí recuerda el tono de voz de su hermano, un clamor desprovisto de lamento, una sentencia queriendo ser declarada hace tiempo, acallada bajo el rumor de la acumulación.

Los alaridos en la sección corona son peores que los gritos de la madre. Son mujeres constreñidas al vacío de una celda gris, donde la comida se entrega a través de la ranura de una puerta de metal que suena cada vez que la patea una reclusa de más allá y más allá y más acá. Patadas, gritos y aullidos. M.A., en completo silencio, recuerda

que nadie le preguntó a ella ni a su hermano cómo se sentían por quedar sin madre, un recuerdo de lo que no se tuvo. Pobres niños, afortunados los niños, por fin se murió esa mujer que los hacía respirar en una casa donde no se podía respirar.

Asiste poca gente al funeral, no es como el de Ana, no es como el de Cristóbal. En el de Cristóbal no llora. En el de su madre se aferra al pantalón del padre, una rama que no puede quebrarse. La miran con lástima y eso le da asco. Lástima, no quiere despertar ese sentimiento en nadie, nunca más: un gusanito fácil de pisar, un gusanito diligente ante ojos compasivos. Repulsión. Le dice a su hermano que salgan de ahí y se pierden en el bosque hasta que oscurece. Que por un rato no haya luz, que las estrellas esa noche se escondan, como ellos, que no los guíen y brillen en otra parte.

A la vuelta encuentran al padre sentado, llorando, entre todas las cosas que pueblan el espacio. Hay olor a mierda de perro, seguramente el padre pisó mierda de perro en el camino, pero no se ha dado cuenta, está llorando. El hijo le levanta los pies y no encuentra nada bajo los zapatos. Ella le acaricia el hombro por donde está entrando el duelo. El olor sigue ahí.

Cuando la sacan del confinamiento está más delgada y la conducen hacia otra habitación. Ya no estará con Victoria. Esa noche sueña lo mismo que soñaba de chica, días y meses después de que su madre murió. Entra a su habitación y hay un hombre tumbado en su cama. No debería haber nadie pero de golpe hay un hombre. ¿Cómo ha entrado?, se pregunta en el sueño, sin la inquietud que debiese tener alguien si eso realmente ocurriera. ¿Por qué está ahí, durmiendo en mi cama? ¿Es un hombre bueno?, pregunta en voz alta y despierta de un sobresalto.

Gina, su nueva compañera, le pregunta:

—¿Soñabas con tu niño?

—¿Mi niño?

No, no, con el niño no sueña. Si mataste a alguien, tienes que soñar con él. Si mataste a un niño, tienes que soñar con eso, con que mataste a un niño. Tienes que vivir por tu hijo y soñar con él.

Los almuerzos con las demás son incómodos, la llenan de preguntas, de ofensas y amenazas. Victoria a veces se sienta a su lado solo para

provocarla. No siempre quienes vigilan están atentas. El almuerzo es cada día lo mismo aunque sea distinto. Variaciones de grumos. Arroz, puré o tallarines. Pero es comida. M.A. cree que ese hombre con el que ha vuelto a soñar puede ser un ángel.

—Soñé con un ángel —le cuenta a la rea que tiene al lado en el comedor. A veces suelta frases así, sin contexto, para cualquiera.

—No creemos en los ángeles, preciosa. Creemos en los asesinos y en las asesinas. En eso creemos.

La rea de enfrente se encrispa y le responde a la otra:

—Yo creo en los ángeles, mi reina, habla por ti solita mejor, y tú, Emeá, escúchame: anda a darte una vuelta al lugar de los altares, te va a gustar.

En la esquina de la mesa, Victoria escupe su comida fuera del plato y antes de hablar simula una arcada, o tiene una.

—Oye, asesina, se rumorea que te quedaste con esa huérfana con pinta de animal, que te cuidaba al cabro chico mientras tú andabai quizás dónde, ¿va a venir a verte? No la hemos visto. Cuando venga a verte avísanos, la queremos conocer.

19

Las polillas son de hábito nocturno, se reproducen ágilmente y pueden convertirse en una plaga. Algunos las atrapan con la mano, otros las aplastan con revistas, hay niños que posan un vaso sobre ellas, para verlas aletear allí encerradas. Los aparecidos, fanáticos de las zarzamoras —duermen sobre ellas como fakires—, son una peste silenciosa pero huidiza, «no se acercan a nosotros, miran hacia arriba, su respiración se oye aunque estén a varios metros», dicen los vecinos. Respiran hondo, como si necesitaran más oxígeno que el habitual, ¿o es que les sobra el aire? Les molesta ver cómo no van hacia ninguna parte: no entran a los almacenes, no hacen trámites, no tienen un horario: circulan con un pulso instantáneo, mañana no se sabe.

M.A. dejaba que la Chivi trazara su propia ruta. Pensaba que si le ponía muchas reglas, edificaría sobre ella algo fuera de lugar. Daba pasitos sobre el asfalto agrietado, de donde surgían pequeñas flores que permanecían férreas, su fuerza residía en el haber germinado allí. Ella no era una flor, no tenía raíz. A medida que crece, valora que M.A. la haya acogido. Sabe que hay cuidados que no se ha empeñado en darle y la ha dejado ser lo que es, una partícula que viaja en otro tiempo y en otra dirección.

Cuando se adentraba en el bosque, se quitaba rabiosa los zapatos. Pisaba las ramas, los troncos caídos, la tierra llena de hojas encima de otras. Eso era lo que veía M.A.: ramas, troncos caídos y muchas hojas. A veces la perdía de vista desde la ventana de la casa de los extranjeros cuando iban allí a pasar la tarde. La Chivi se alejaba y luego de mucho rato, ella abría la ventana y gritaba «¿Chivi, estás por ahí?», y ella respondía con algún balbuceo familiar pero recóndito, propio de ese lugar al que ella no accedía y que había procurado no ensuciar con reglas.

Pero un día la llamó y hubo un silencio. Luego el trino de algún

pájaro y otro silencio que M. A. pudo escuchar. Hay un silencio que se escucha y determina un momento posterior. Ese momento será un corte entre lo que ha venido ocurriendo y lo que ocurrirá. No tiene por qué ser algo malo, pero puede predecir algo malo.

Fue el mismo día en que abrió la despensa y un montón de polillas emergieron de una de las repisas, revolotearon alrededor de su rostro como desesperadas por no poder decirle lo que querían decir. El aletear de esas finas y ocres alas era apenas audible. Las polillas son mariposas nocturnas, son más feas. Se reproducen y pueden invadir una despensa.

Tras oír ese silencio, M.A. soltó con brusquedad el paño de cocina y salió a buscarla, sin saber muy bien dónde, si entre las ramas, debajo de los troncos caídos: el bosque siempre está sujeto a duda. «¿Chivi?», la llamó temerosa, sabiendo que había avanzado poco para tener respuesta. Caminó medio desorientada, «No puede haber ido tan lejos». Sus propios pasos sobre las ramas impedían que oyera bien, su respiración y su corazón latiendo tampoco la ayudaban. Llegó a una planicie despejada. Más allá, el bosque colindaba con el cerro y la vegetación era frondosa. La niña no podía haber avanzado tanto. Se quedó quieta hasta dejar de jadear y calmar el pulso. «Chivi», llamó con tono firme, sin alzar mucho la voz, sin perder el equilibrio. Sintió una brisa recorrer su espina dorsal, una sensación de acecho imprecisa que la hizo devolverse. Entró a la cocina y el paño estaba ahí, sobre el lavaplatos. Lo volvió a tomar porque necesitaba aferrarse a algo. Miró por la ventana y supo que no sacaba nada con volver a buscarla.

Apareció después del atardecer, las luces ya apagadas, sin polillas a la vista. Rescató una taza de harina con la que haría algo de pan. Tenía restos finísimos de ocres alas. M.A. sintió pasos afuera y fue a abrir. Ahí estaba la Chivi, y ahí, detrás de ella, un niño de aspecto desgreñado, el cuerpo peludo, los ojos indómitos sin parpadeos, parado en cuatro patas.

20

Creyó que a ese hombre le habría gustado saber que tenía un hijo dentro de un órgano ajeno, que había un hijo naciendo, un hijo que iba a vivir. Pero ya estaba decidido. No se lo iba a decir. Él ya estaba lejos, los meses de encuentro y pasión habían terminado en el momento preciso. La pasión no es manipulable, se cuela de manera insolente y sutil, la espuma crepitando lenta si la oyes de cerca. Está ahí, pero puedes hacer como si no, si quieres puedes no oír y entregarte a la planicie.

El hombre tampoco se enterará de que la mujer mató a su hijo. Habrá dejado Potreritos atrás y los pueblos solo son un punto más en el mapa vital de un viajero. M.A. sabe que si lo hubiera llamado, él hubiera querido al hijo, quizás no a ella. La decisión estaba tomada: lo tendría sola.

No se acuerda de su parto, pero qué importa. Nadie le ha preguntado por eso. No se acuerda, la memoria es una tela suave y ancha que no siempre se ajusta al cuerpo. Se enreda, queda grande, o se resbala. La memoria es delicada y hábil, sabe bien cómo adherirse sin hacerse notar, cómo penetrar cada capa de piel mientras el olvido la recubre.

Lo que recuerda es despertar de una anestesia general y no saber dónde está. Sala de recuperaciones, pero lo que recupera de a poco es el dolor a medida que se acaba el efecto de la anestesia. Ve borroso bajo los efectos del medicamento, las cosas se alejan unas de otras y el letargo se va mientras entra la constatación de que solo tiene eso: un dolor físico y no a su hijo ahí con ella.

—Tranquilícese, no se a va a perder su guagua acá en el hospital —le dice una enfermera que viene a tomarle la temperatura.

Se lo dice porque ella pregunta lastimera dónde está Cristóbal, y eso parece molestar a la mujer que rápidamente revisa si está pasando el suero y el medicamento por vía intravenosa. De qué me perdí, piensa, perdí a mi hijo. Anulada por las sofisticadas técnicas de sobrevivencia,

recuerda a su madre pariendo en cuatro patas, chillando hasta que la cabeza de Ana aparece, una de las viejas sabias velando por el bienestar. ¿Se recupera una después de tener un hijo? ¿De qué? ¿Cómo se llena el vacío que alguien ha dejado? Un cuerpo se modifica cuando alguien llega, no necesariamente un hijo: puede ser un hombre. Un cuerpo se restaura cuando ese hombre ya no está.

Salió del hospital con Cristóbal a cuestas porque no se había perdido: existía junto a un montón de otras guaguas llorando o en silencio dependiendo del nivel de hambre, de sueño y de contacto. Las guaguas sin contacto no lloran, se quedan quietas como esos bichos pegados en el techo y, si pasa mucho tiempo, su mirada no te encuentra. A M.A. le entregaron a su hijo y salió a la calle. Lo arropó hasta que apenas se veía, ocultándolo del mundo y del invierno. Comenzó a llover suave y allí, bajo las finas gotas, buscó el rostro del niño y lo besó. Ese beso la guarecía, besaba a alguien a quien amaba hacía tiempo y se reencontraba con él.

21

—Acá hay que avisparse, Emeá, no queda otra. Si te quieren matar a palos, avíspate, y si no te quieren matar a palos, avíspate. Siempre hay que andar al ojo vivo. Ese es mi primer consejo.

Gina es la nueva compañera en la nueva habitación. Aunque pidieron traslado de penitenciaría para M.A. denunciando amenazas de muerte, se lo negaron y la pusieron junto a Gina, una rea vieja que no tiene amigas ni enemigas porque esa es su manera de vivir en la cárcel, no tener a nadie, tenerlas a todas.

—Sueño con volver a andar en bote —le dice Gina como si le contara algo importante, porque repite convincente—: volveré a andar en bote.

Se parece a un topo encuevado que lleva años viviendo así, un topo viejo con sueños ya viejos también. Sus ojos son diminutos, la vista no es tan necesaria cuando vives bajo tierra. Eso le parece a M.A., que Gina tiene algo subterráneo, cuando están las dos en la habitación la luz cambia, se atenúa, no debería cambiar de intensidad dependiendo de quien la reciba. Quizás es ella la que lo percibe así.

—¿Mataste al cabro chico o no? —le pregunta Gina—. Digo, se sabe que lo mataste, pero hablas poco, el beneficio de la duda está, existe, esas huevás que nadie toma en cuenta salvo viejas como yo.

M.A. no le responde, se ha tendido en la cama y mira la gravilla muy de cerca. La pared deja de ser lisa.

—Mira, Emeá, aquí cada una pela su propio chancho, aunque pareciera que no. Hay bandos grandes donde el chancho propio no cabe, bandos chicos donde puede que sí, ya sabís, todas dando su propio jugo, su aliñito pal costillar. Yo voy sola no más. Pero hace bien hablar, Emeá, te lo digo yo. Yo hablo harto, he aprendido que hablar hace bien.

M.A. sigue mirando fijo la pared y se ve de niña, observa algo tan de

cerca que el detalle da una nueva apariencia a las cosas. No necesariamente el aspecto real, piensa, aunque en ella el pensamiento no es algo que pueda asimilar, es fugaz como un bando de reas que luego se disuelve porque se agreden, porque entran y salen de la cárcel, porque se forman nuevos bandos y todo se mueve. La voz de Gina es un estorbo de fondo e insiste:

—Abriendo la jarra, Emeá, así funciona la máquina aquí, las que se quedan calladas se terminan matando. Si no supiste hablar afuera, aquí sí. Vomitar de a poco, o de un suácate, pero vomitarlo.

Gina imita el sonido de algo que se elimina del cuerpo a la fuerza, una arcada que desatora y luego suelta una risotada.

—Me cambiaron a la terapeuta, sabís, pero me gusta, puedo hablar de más cosas con ella, no tiene esa voz de inepta que tienen algunas, esa voz de mierda como si le estuvieran hablando a un niño con el diablo adentro. Me han tocado hombres también, pero pocos me provocan respeto. Es que hay pocos hombres a los que respetar, Emeá, son pocos los huevones que uno dice sí, este entiende algo. Los cuento con estos deditos y ya está. Pero a esos, no te miento, puta que los quiero. Los tengo acá, clavaditos, Emeá, dime si tú no tenís los tuyos.

Gina se golpea el pecho con el puño y a M.A. le sorprende ese golpe, pareciera tener los huesos fuera de la piel para que suenen así. Las escápulas en su espalda son alas, pero no las ha visto aún.

—... A mi hijo, el primero. Me ha hueviado el muy hijo de puta —Gina se ríe de nuevo—, tú sabís que por culpa suya estoy aquí... que piense en eso me dijo la terapeuta hoy, la cuestión de la culpa... Es complicado, pero aquí lo tengo al cabro —se da dos golpecitos más suaves ahora—, si al final todo repunta, Emeá... o quizá no, no para todos. Te cuento algo pa que me soltís algo tú... un día lo quemé con un guatero. A mi niño. Fue sin querer sí, pero él creyó que yo lo había quemado a propósito. Yo le dije al Claudio. No me gustan los guateros, no me fío. Con el brasero estamos. Pero no. Dale con que el niño no podía enfriarse, dale con toda la sarta de tonteras que le invadían la mente. Se le metían cosas en la cabeza a ese huevón y de ahí no salían, se le pegaban tanto que le perforaban el mate. Claudio le puso agua hirviendo y me lo pasó y yo se lo puse al niño ahí abajito en la espalda, y la mierda esa se reventó al poco rato y no nos dimos cuenta

al tiro porque de tan hirviendo mi hijo no sintió dolor. Qué huevá más rara esa. Tanto es el daño que no lo sientes.

M.A. sigue inmóvil. Tiene una pierna dormida pero no la mueve, deja que el hormigueo circule sin detenerse. Necesita esa sensación dentro suyo, la ayuda a sentir que está viva, escuchando a Gina. A estar aquí sin ayer ni mañana. Morir debe ser lo mismo.

—¿Quemaduras graves? —le pregunta M.A. para que Gina siga hablando. Ya ha respondido a tantas preguntas, a tantos comentarios e insultos. Las voces de las demás reclusas no se callan, se le meten adentro y después se las saca, es un ejercicio que viene haciendo desde que hizo lo que hizo. *Oye asesina y ¿pensabai zafar? Porque ni estando aquí se logra zafar … una huevá es matar a un hombre, a un conchasumadre malo, esos pa fuera. Pero un niño, asesina. Tu hijo, asesina*. Ella nunca baja la vista cuando recibe comentarios, insultos. Sostiene la mirada porque así le enseñó su padre. Es un tipo de respuesta.

—Claro que se quemó, mujer. Ahí a la altura del riñón, en esa zona entera. Y, como poseído, el muy cabrón me gritaba: ¡Mami, me quemaste, me quemaste, mami! Ni te cuento. Total, pa qué ahondar si al final igual Claudio cagó, pero eso fue mucho después, por otros dramas, este queda chico. No me arrepiento. Por eso estoy aquí. Aquí tengo que estar y no hacer huevás. Mientras menos huevás, más rápido afuera. Mi hijo me necesita y él lo sabe, aunque me haya piteao al asopao de su papá. Tiene arrebatos de rabia, pero no conmigo. Cuando me viene a ver me dice cosas lindas, me dice que quiere salir en el bote conmigo y yo le digo: Saldremos. Y golpeo la mesa en señal de que saldremos. Porque tenlo claro, mujer, navegaremos en ese bote aunque ya no haya nada que pescar. Eso me han dicho, que hay pocos peces ya, no me importa, yo vuelvo al mar como sea.

Ten un objetivo, Emeá, aunque hayái matado a esa criatura. Un objetivo cualquiera. Algo que no te puedan traer para acá, algo que no puedas encargar y tengas que hacer afuera, que no quepa aquí adentro de tan importante que es. Acá caben pequeñeces no más. Ten un objetivo así y te vai a ir como por un tubo. Dime si no es lindo lo que te estoy diciendo. Y te digo más para que no te amedrenten las cabras porque eso pone en peligro tu cabeza. La amenaza interna es la peor.

Es la que termina aniquilando. Escúchame mujer, mira que ya me dio sueño y te voy a decir esto último aunque tú no me hayái dicho na: no me digái qué pasó ni cómo lo hiciste. Esa huevá no importa. Dime, no ahora, pero después, dime esto: qué sentiste cuando lo hiciste y después de que lo hiciste. Eso es lo importante. Piénsalo.

22

M.A. no tiene antecedentes, pero hay que revisar su vida igual, elegir acontecimientos que expliquen por qué asesinó, sin la capa gruesa de la locura, la depresión, el embarazo no deseado, la extenuación del trabajo, la soledad y otros etcéteras comunes dentro de las circunstancias atenuantes que pueden rebajar la pena. Las mujeres matan más que los hombres dentro del hogar. A miembros de la familia. Eso dicen las estadísticas, los que saben tienen esas estadísticas a mano y han estudiado muchas cosas que nadie más estudia.

No hay quiebre en la emocionalidad, no hay arrepentimiento, persiste el silencio y ese silencio la separa del mundo: de los que interrogan, de las demás mujeres, de aquellos niños que ha tenido cerca, hay que desmenuzar ahí. Las omisiones son importantes. Acogió a una aparecida y después a otro niño bestia. Indagaron en eso creyendo saber lo que querían hallar. No era para comprenderla: comprender es sentir compasión, querer mirar los sentimientos de alguien que ahogó a su hijo. ¿Quién quiere encarar esos sentimientos?

—Usted acoge aparecidos.

—Yo no les llamo así.

—¿Por qué se quedó con esa niña? ¿Por qué después mata a un hijo que es suyo? ¿Por qué se vincula con niños raros? ¿Por qué se quedó con el cuerpo de su hijo muerto un par de días?

También le enrostran las pérdidas familiares:

—¿Recuerda usted cómo se comportó cuando su madre murió?

M.A. sonríe levemente. Imagina un brote que alguien abre a la fuerza para que crezca en un clima no propicio. Ve cómo su hermano y ella miran mudos e inmóviles a dos hombres que meten dentro de una bolsa a su madre, oyen cómo el cierre de esa bolsa sube lentamente, como si el hombre disfrutara de eso, de cerrar con lentitud las cosas, sin saber que hay dos hijos escondidos mirando la clausura. El cierre pasa por la punta de su nariz, llega a la coronilla y adiós. Se la llevan

para averiguar causas de muertes inexistentes.

El silencio impacienta. Aunque haya confesado, saber tan poco incomoda.

También interrogan a la Chivi. No da información relevante. Estos aparecidos no sirven de nada, dicen los expertos con molestia.

«¿Corrió usted peligro alguna vez con esta mujer?» Ese tipo de preguntas. La Chivi emite un graznido parecido al de un pájaro. Ellos lo toman como una burla. Podría no serlo, puede que cuando nació haya sido criada por aves, anotan.

Aunque la joven ya no se comporte de manera *tan* rara (habla normalmente, al menos), su apariencia sigue siendo inquietante, como su silencio. ¿Es cómplice? Hay en ella un resabio salvaje. Tu madre es una asesina, tu madre no es tu madre, dicen ellos junto a más cosas para provocarla y hacerla hablar.

Pero la Chivi tampoco habla. Es un cuerpo sumergido. Así protege su voz, debajo del agua las palabras solo son emisiones. Quizás los extranjeros la sacaron de una acequia y por eso sobrevivió y vivió gracias a M.A. Nadie me conoce, piensa. De vez en cuando visitará la lápida de Cristóbal y se sentará un buen rato a mirarla. De vez en cuando se inclinará sobre ella y pasará la lengua por la piedra, haciéndole cariño.

23

Al principio se creyó que eran casos aislados, pero testimonios de numerosos vecinos evidenciaron que aunque diseminados, los casos iban sumando pruebas y consecuencias. Iban siendo y haciendo lo mismo, desbaratando la idea de lo singular. Habitantes de distintas zonas empezaron a alarmarse al notar la falta de polluelos y huevos. Algunos reportaron que las ubres de sus vacas tenían arañazos, las habían succionado con ahínco. También había robos extraños en bodegas, no era común en animales robar miel y frutos secos.

El niño que venía con la Chivi cuando desapareció en el bosque era uno de tantos. Era esquivo con M.A., no la miraba pero tampoco huía. Temió que la mordiera, gruñía un poco. No se atrevía a hablar, una simple frase como «Venga, entre» podía desatar el caos. Retrocedió con cuidado, una adulta que teme a dos niños, «Voy a traerles agua». Les trajo una mamadera para ella, un vaso para él. Se agachó y los dejó en el suelo, manteniendo la distancia. El niño se acercó de inmediato, pero el vaso tenía la boca muy delgada y no logró beber bien, se le dio vuelta. La Chivi, en un acto casi reflejo, le tendió su mamadera. El niño succionó con tanta fuerza que hizo tira el chupete.

El pueblo se sentía invadido: sombras que aparecían cuando comenzaba a anochecer, «Lo que yo vi fue una figura mitad humana mitad animal, movía sus malditos brazos como si fueran alas». Todos le creen a todos, porque es imposible que esta señora, el dueño de la vulcanización, la joven de los criaderos, se hayan puesto de acuerdo. Para qué. Suman y suman los testimonios, un pueblo entero no puede inventar una historia. ¿Por qué les temen? Sus propios niños a veces hacen lo mismo: caminan en cuatro patas, rasguñan, quieren ser un pájaro. Están todos de acuerdo. Cosas de niños. Pero estos alteran el orden y luego dejan de existir. ¿Adónde se van? «Hay que hacer algo», dicen, «Sí, algo», repiten todos como un coro cansado de voz malgastada.

M.A. duerme a sobresaltos esa noche con el niño. Se quedó dormido

acurrucado en la alfombra suave del living, la Chivi lo tapó y se restregó los ojos. M.A. siente un apremio sofocante, ve a los extranjeros muertos y ensangrentados bajo el metal retorcido. ¿Dónde estarán? El niño ha invadido su espacio, aunque no es su espacio, ha tomado posesión de su hija, aunque no es su hija. Ambos siguen durmiendo hasta que de pronto, antes del amanecer, él sacude su cuerpo cubierto de pelos, abre con estruendo la puerta de la casa, trepa al árbol más cercano y aúlla. Aúlla hasta que los ladridos de algunos perros, a lo lejos, se unen al canto.

24

La casa está vacía, es evidente: nadie quiere vivir donde hubo un asesinato. Hay mala vibra, dicen, el cartel que anuncia *A la venta* se ha ido destiñendo. Quizás Cristóbal pena o sigue ahí el alarido de la madre, aunque ahora esté en la cárcel cumpliendo otra pena.

La casa también estaba vacía cuando M.A. llegó después de ver al hombre por última vez. Bailaron. Se oía una música a lo lejos, un bolero de Omara Portuondo, alguna canción de ese tipo. Se tomaron de la cadera, del cuello y bailaron sin planear nada, dándose un respiro, hundiéndose en ese contoneo. A veces los cuerpos hacen cosas que no están destinadas para ellos.

Ahí, bajo la ducha, en la misma tina donde ahogaría a su hijo, intentaba sacarse de encima el cuerpo del hombre, porque lo tenía dentro suyo y se quedaría ahí un tiempo: no saldría de manera fácil, ni con el agua corriendo. Un duelo distinto al de la muerte, pero los dolores no siempre se sopesan, te ponen justo ahí donde la comparación se suprime. Siente ese deseo y esa falta y se parece a la sensación que tenía de niña cuando hundía los pies en un gran charco de barro que se formaba a la salida de la casa, después de días y noches de temporal. Se hundía hasta que sus botas se atascaban y no podía moverse. No sabe por qué aparece ese momento, tratar de meter los pies al barro y salir del charco. Algo la levanta y la saca de esa inmersión, las botas quedan ahí, solas e inmóviles asoladas por el frío. Ahora percibe ese juego como una escena larga. De niña también le parecía que duraba mucho, pero la noción de tiempo en los niños no cuenta, y la noción de tiempo cuando fantaseamos, tampoco. Un terreno que contiene todas las tierras. Siente lo mismo bajo el agua que le cae encima pero no la limpia de nada. Está bien que así sea. Antes de arroparse con la toalla, se mueve hacia adelante y hacia atrás, como si bailara, como si tratara de sacarse algo. Fuera del baño se pregunta si dentro de una casa vacía se camina mejor.

25

M.A. ya había contenido arrebatos. Los aparecidos la habían instado a ello y aunque hubiese sido hace años, algunos años permanecen como si fueran hoy. Cristóbal trepaba, saltaba, tomaba cosas que no había que tomar. A veces debía acompañarla al pueblo vecino porque las encomiendas llegaban mal direccionadas. Ambos pueblos tenían calles con el mismo nombre y eso pasaba mucho, que las encomiendas llegaban a la calle del pueblo vecino. Y Cristóbal debía acompañarla porque eso es lo que hace un niño, seguir a su madre y otros deberes. Cristóbal agarraba cosas y las rompía, porque eso es lo que hace un niño, romper cosas y trepar paredes. Pero no todos trepan paredes, no todos de pronto se pierden y aparecen con un conejo muerto, o sí.

Pasaba seguido. Cosas que traían desde Santiago al motel, al que se entraba por la caletera pero colindaba con una calle lateral, la Santo Jerónimo, que coincidía en nombre, pero no en apariencia, con la del otro pueblo. Allí Santo Jerónimo era un pasaje sin salida. Terminaba en un prado extenso, donde a lo lejos se veía el mar. Pasaba solo en ocasiones y con diferentes proveedores. El dueño del motel lo dejaba así, total funcionaba igual.

M.A. era la encargada de ir a buscarlas al destino equivocado. Llegaban a una casa de madera donde vivía una anciana, Carmen, rodeada de animales. Perros, gatos, conejos, gallinas, pavos, todos entremezclados. A veces había recambios porque eran animales, se atacaban unos a otros, se perdían, envejecían. Pero Carmen siempre los reponía para que no le faltaran. Estaba acostumbrada a recibir los paquetes sin problemas, casi nunca salía de su casa. M.A. no intimaba, no quería que la anciana le hablara de su vida sentadas en el comedor. Atisbaba que la casa estaba llena de cosas, quizás no tantas como las que había acumulado su madre, pero las suficientes como para que los cinco gatos durmieran con ella, los dos perros, el conejo de turno según lo que durara vivo. Las encomiendas las entregaba intactas. Cerradas en perfectas condiciones. Tal como un niño debe terminar el

día: en perfectas condiciones.

En una ocasión, a una hora imprevista, el dueño del motel le ordenó que debía ir de inmediato, no mañana, no después. Voy, dijo M.A. No tenía ganas de ir. No tenía con quien dejar al niño, era más rápido ir sin él. Cristóbal no quería salir, tenía hambre. No importa, ya comeremos. Cuando un niño tiene hambre, la tiene en ese momento, no después. Un niño debe obedecer.

Cristóbal lloró casi todo el camino, pero M.A. ya sabía contener arrebatos. Sabía cómo no atenderlos, hacer oídos sordos. Lloraba camino al paradero y ella, en silencio. Lloraba de pie en el paradero y ella, en silencio. Subieron a la micro interprovincial y seguía llorando. Calle a ese niño, la mirada furtiva, el resoplido, el hombre que intenta distraerlo con alguna mueca divertida. Nada. Un par de veces lo acarició, como quien acaricia un cuero de cordero nuevo, disfrutando pasar la mano por esa superficie. Eran cinco cuadras largas que había que andar para llegar a la casa de Carmen. Aún no oscurecía, la tarde en los pueblos es larga, la luz se posa en ellos para proteger lo que ahí se agita.

M.A. y su hijo avanzan por la Santo Jerónimo, son casi sombras, uno solloza, la otra calla. Nadie atiende la puerta. Carmen no está. M.A. se asoma al gallinero, están los perros y los conejos pero no la vieja. El puñado de animales aletea, husmea, picotea palitos del suelo. Necesita la encomienda. El niño se aburre y se aleja, entra de a poco en el prado, a lo lejos el mar, la luz desciende. Toca nuevamente la puerta, mira de reojo al niño irse. Los animales se calman, no hay nubes en el cielo. ¿Carmen?, llama tocando. Aún puede distinguir la silueta del niño, se sienta en la escalinata delante de la puerta. Mira los escalones y los encuentra inútiles para una vieja que puede estar perdiendo la vista, el equilibrio, la fuerza. Cristóbal ya es un punto negro a lo lejos y M.A. siente su cuerpo ablandarse, por un rato se rinde ante lo que no hay. Un perro ladra y jadea y Cristóbal ya no está. El sonido de los insectos emerge. ¡Carmen!, grita de nuevo al aire, ¡Dónde está la encomienda! Se pone de pie e intenta abrir la puerta, luego una ventana. Los ojos de los gatos brillan. No puedo llegar sin ella, piensa. Hay trozos de leña para quebrar un vidrio, pero no se anima. Hay unas garrafas con chaleco de mimbre dispuestas en fila, tienen adentro algo

en remojo. Ya está oscuro. Dónde está Cristóbal. Se adentra en el prado y nota los deslindes, el paisaje más allá a veces se parte por la mitad. No ve al niño, en ninguno de los puntos cardinales. Sigue avanzando en dirección al mar. Deben estar esperándola en el motel.

26

Después de trepar al árbol y aullar, el niño desapareció, pero antes tuvo una conversión. De un momento a otro empezó a seguir a M.A. con insistencia. Dejó de ser esquivo y donde ella iba ahí estaba él, a su lado, siguiéndola, esperando algo o simplemente ahí. Tenía una sonrisa nueva, de hijo travieso que pide algo para que se le dé. Pero M.A. no sabía leer sonrisas así, la Chivi no le pedía nada.

Una noche el niño da un salto ágil y efectivo hacia su cama, aterriza directo dentro de las sábanas, se acurruca, se pone cómodo y no se mueve más dentro de las próximas horas de sueño. M.A. no sabe si quedarse acostada junto a un niño lleno de pelos que ella no trajo.

Luego de esa noche, la persecución se intensifica. Aunque los sorprende haciendo quemas cerca de una bodega pequeña que los extranjeros dejaron a medio construir, quemas como un juego inocente porque el fuego no es un disturbio sino un puente de luz y calor, el resto del tiempo no se le despega y la sigue con una persistencia demoledora. Se mete con ella al baño, no alcanza a cerrar la puerta, él se desliza con la destreza de un gato que se cuela en espacios diminutos, entre ese resquicio antes del portazo y la perturbación. El niño la mira hacer pipí, la mira cocinar, la mira cuando no hace nada, descorre la cortina de la ducha y observa ensimismado el agua caer. Mira ese cuerpo y esa agua como algo sencillo de observar: un árbol, un cerro, una nube. Vaya al patio, le dice ella sin mirarlo a los ojos, no es capaz de hacerle frente.

Cree que podría tomarlo por los hombros, zamarrearlo, empujarlo hacia afuera y alejar esa mirada esquiva que si la atrapa no la suelta. Pero el niño sigue pegado a ella y ella debe seguir haciendo lo que hace junto a una sombra que tiene ojos y no desaparece, aunque salga el sol, aunque el sol se mueva y caiga la noche.

27

Cristóbal aparece entre la hierba con un conejo ensangrentado en la mano, riéndose como si viniera de un festín, pero un niño no llega de ninguna parte y tampoco debería esfumarse.

—¡Descubrí un túnel! —grita conmocionado.

Por un instante ese no es Cristóbal, no es su hijo con el conejo así, el cráneo ya ha sido separado de la columna vertebral. El vientre del conejo y la cara del niño tienen sangre.

—¡Rieles de tren! ¡Ven a verlo!

Ella no le cree, su hijo miente, inventa cosas, todo le parece una farsa. Lo mismo le pasó hace unos días cuando subía y bajaba unas escaleras sin parar. Ella trataba de que se detuviera, había que seguir camino, camino adónde, un niño vive como si no hubiera que ir a ningún lado. En ese momento tuvo por primera vez la certeza de que él no era enteramente de ella. El instante en que esos pies se movían de un escalón a otro, precisamente entre un escalón y otro, confirmaba un presentimiento asentado después de una observación distante: un hijo que no debió ser, algo entremedio.

No querría dejarlo ahí pero se coló un impulso, una flecha precisa de la que se tiene conciencia repentina y por eso abruma. Una flecha enterrada que duele. Sacarla requiere de la misma precisión y rapidez y no siempre se es tan eficiente.

Estuvo segura de que el niño bien podría haberse quedado en el prado, un animal junto a un conejo muerto dentro del túnel por el que alguna vez pasó un tren.

28

Los pelos. M.A. despertó sobresaltada una noche en medio de los días de acecho. Hay que sacarle los pelos, convertirlo en ser humano para que deje de perseguirme, pensó. Revuelve los cajones del baño en busca de una navaja que vio alguna vez, donde aún están las cosas de los muertos que ya nadie usa. Ahí está, en perfecto estado para sacar todos esos pelos del niño mientras duerme. Sería mejor lavarlo primero, sacarle los nudos, los restos de barro pegados, pero la urgencia es mayor.

Con cautela le levanta una pata. Debe hacerlo ahora, aunque no tenga suficiente luz. La sostiene en el aire y acerca con decisión la navaja a la altura del tobillo, pero al primer contacto él abre los ojos. M.A. se aleja y contiene la respiración y la rabia antes de decirle:

—Soy yo, soy yo, tranquilo.

Confía, se dice, no va a atacarte ahora. Haz las paces con él, no es momento para declinar.

—Soy yo —insiste—, tranquilo.

No se mueve y ella acerca nuevamente la navaja, temblorosa pero resuelta. Con adustos movimientos, el filo brilla en la penumbra según su posición y van cayendo los pelos de la piel. Él cierra los ojos cada vez que la luz del baño, más allá, provoca un fulgor en la hoja. Es muy tenue, pero lo encandila.

Un par de días después, el niño desaparece.

29

El ruido del mar a lo lejos. No recuerda que por allí haya pasado nunca un tren.

—¡Ven a verlo, mamá!

Todas estas palabras las dice mal Cristóbal, no pronuncia bien la erre, su entusiasmo anula el peligro que las cosas ofrecen y a la vez lo aumentan exponencialmente.

Solo uno de los faroles de la calle funciona. Corre hacia ella con la sonrisa ensangrentada.

—¡Un conejo, tengo un conejo!

M.A. no ha conseguido la encomienda. Piensa que la echarán del motel. Le agarra un mechón de pelo a su hijo y se lo tira fuerte, su cuerpo se inclina hacia el lado y hacia abajo. La madre tiene fuerza.

—No eres tú el que mató a este conejo —le dice.

Se lo arrebata de las manos y lo tira lejos, en dirección al mar. El ruido de las olas puede tragarlo todo. Cristóbal solloza detrás de ella, que se ha puesto en marcha. La casa de Carmen está iluminada.

—No se puede confiar en nadie —masculla con un nudo en la garganta—, en nadie.

Tiene rabia y mira hacia atrás para ver si su hijo sigue allí. Sí, allí sigue.

30

La cresta del gallo Igor se ponía más roja y turgente a la hora del cortejo, junto con el ala baja y el baile en círculo. A M.A. le habían regalado unas gallinas, unos vecinos que se habían ido del pueblo. «Tan solito que tiene a su gallo, oiga, le dejamos este gallinero, lo hice yo mismo, está impecable». Poco tiempo después vinieron a reclamarla. A la Chivi. M.A. estaba convencida de que ambos sucesos estaban conectados, exceso de intromisión. Le habían endosado a esas aves que ella no pidió, con Igor se conformaba. Ahora debía preocuparse de que el olor a amoníaco y estiércol fermentado aplacara. Al menos tenía huevos.

Unos extranjeros parecidos a los que la habían adoptado tocan la puerta con sus manos frías. Parecidos, pero no iguales, suele pasar: se parecen hasta que los tienes cerca y huelen diferente a ti y distinto a otro extranjero. Porque esta pareja entra agitada a la casa como si ya la conocieran y expele un aroma fuerte que se impregna en el sillón por mucho más tiempo del esperado. M.A. no logra sacarlo hasta semanas después, refregando la tela con tesón y ansiedad. El olor queda como una marca en una piedra. No depende de ella ni del tiempo, comprueba después. Los extranjeros no le dicen si son hermanos, primos, amigos de los otros, pero exigen a la niña. Se toman el sillón con sus cuerpos delgados y grandes y un español improvisado. La miran a ella y a la Chivi, provocándole escalofríos.

—La niña está bien acá.

Los músculos se le contraen como si la niña no estuviera bien ahí.

—Está bien, mírenla.

Juega con unos bloques de madera que pintaron juntas y repite la estrofa de una canción en voz baja, mientras los adultos alzan la voz.

—Está descalza —dice la mujer, como si estar descalza fuese una profanación, los pies tal como vinieron al mundo, enterrándose espinas, pisando heces de gallina, estridencia en los pies de una niña.

La Chivi mira a la extranjera con desconfianza porque ya ha

aprendido a desconfiar aunque sea pequeña, sus pies en la tierra le han enseñado a quién mirar y cómo.

—Los papeles —exige la pareja al unísono, como si estuviesen programados. La palabra, un arma rotunda y contundente.

—¿Qué papeles?

Otro escalofrío.

—De que usted puede tenerla aquí, así, a la niña, quién dio autorización a usted.

M.A. ve caer una lluvia de papeles dispersos sobre su cabeza en cámara lenta, tal como caen los papeles cuando caen, pero estos pesan, son un exceso de información que ella nunca buscó y que a nadie le importó que no buscara: ni a las oficinas que ponen a los niños en su lugar, ni a las familias que ponen a los hijos en su lugar, ni a los vecinos que ponen a los hijos de otros en lugares equivocados.

Como troncos talados aún sin procesar, siente el golpe de esas resmas de papel y esa voz de oráculo que viene de su interior y clama: te la van a quitar, te la van a quitar, a esta niña sin raíz. Está dicho. Una voz certera que no se va hasta que su promesa se cumpla, astillas que penetran en la espalda ya exigida por cargar bultos.

—Muéstrenos los papeles.

—No tengo ni un papel, aquí no es como en su país.

Responde sin saber en realidad cómo es el país de esos extranjeros, pero debe ser distinto a Potreritos, porque el pueblo del lado puede parecerse, pero esa gente que no es de ahí nunca entenderá lo que es ser de ahí, los imagina en una ciudad morada, sin árboles, con un viento furioso por no tener qué mecer, con gente furiosa por querer hijos ajenos para ocuparse, porque de algo hay que ocuparse en una ciudad con viento y sin niños.

—No se la llevarán. Mañana vamos a las oficinas, ahora es tarde, voy a acostarla.

Necesita que se vayan, siente la fuerza que tienen, puede ver cómo se irán con la niña.

—Deben retirarse —les dice con inusitada firmeza— antes de que se topen con los aparecidos y...

—¿Aparecidos? —la interrumpen sobresaltados.

M.A. cree encontrar un anzuelo para sembrar la inquietud.

—Seres misteriosos, niños animales. Son una plaga aquí, un peligro.

Los extranjeros se quedan mudos y tiesos. M.A. recoge en su mente ese montón de hojas cayendo, formularios dando cuenta de que ella tiene la facultad, de que esos usurpadores deben declinar, arrodillarse y caer hacia adelante sin fuerza ni convicción. La Chivi de aquí no se mueve, piensa en medio del silencio inmóvil, hasta que de ambos estalla una sola risotada y él dice:

—*Popular beliefs… townspeople…*

M.A. no entiende, pero no necesita entender para saber que el oráculo sigue ahí: la va a perder.

—Con nosotros estará mejor, tenemos todo, somos personas buenas.

La Chivi ya se ha aburrido de jugar y ahora se queja. Quiere estar en brazos. Camina hacia ella y se le cuelga, escondiendo su cara entre el brazo y el pecho.

31

Días después los extranjeros se la llevaron. Nunca supo dónde, quizás no llegaron lejos.

Durante todo el tiempo que M.A. permaneció sin ella, no hubo día en que la imaginara feliz. Soñaba todas las noches lo mismo: la extranjera iba a una plaza con un pasto falso y se sentaba en una banca, mientras la Chivi, a su lado, estaba atrapada en un gran tacho de basura con rendijas metálicas que la mujer había dado vuelta para convertirlo en un corral, donde la niña podía sujetarse y sentarse, pero no caminar. La mujer era imperturbable al llanto y continuaba leyendo un libro grueso. A veces el basurero no tenía rendijas, desaparecía bajo ese barril y M.A. oía su llanto, sin poder verla. También soñaba que encontraba el lugar donde vivían en un gran mapamundi que podía recorrer caminando, una figurita de un juego de mesa que se desplaza por países hasta llegar a destino para ganar algo. El trayecto se le hacía largo porque cargaba dos bidones amarillos con parafina. Al llegar, rociaba toda la casa con el aceite inflamable, eran solo dos bidones pero en el sueño era suficiente para cubrir la casa entera. Recordaba tarde que la Chivi también estaba ahí adentro, se daba cuenta cuando ya era pura llama y no se veía ni un cimiento. Se despertaba con la boca seca y el pecho oprimido, sus sueños cada vez más descarnados, sin simbolismos, solo los extranjeros y la niña, la Chivi siempre en el centro del daño.

De día no hacía mucho, se empeñaba sobre todo en sacar ese olor impregnado en el sillón. Ponía agua, vinagre y bicarbonato en un balde, sumergía un paño en la mezcla y con movimientos circulares frotaba el tapiz.

Una noche despertó y oyó cacareo de gallinas. Salió al patio pero todo estaba en silencio. Volvió a acostarse, cerró los ojos y nuevamente el graznido, la presencia de un depredador. Al día siguiente tocaron temprano la puerta, había pasado poco más de un mes. Ahí estaban de vuelta, los extranjeros demacrados, con otro

semblante y otros ojos, voces contrariadas y a destiempo.

—No nos dijiste, mujer, cómo no advertiste, eso no se hace.

Se interrumpieron mientras la Chivi, con una amplia sonrisa, gritó ¡mamá! y se colgó de ella. Temblorosa, M.A. supo que por fin no estaba soñando, y aunque la pareja pudiera de nuevo convertirse en una especie amenazante que rompe el equilibrio y la pureza, algo le aseguró que la Chivi no se iría, que esa mujer y ese hombre eran los que querían irse. M.A. escuchó que ella decía, «bestia indomable», pero no mucho más, la respiración de la niña era lo único que realmente sentía, ese jadeo suave, la mano tibia detrás de su cuello.

—*She's not understanding* —dijo el extranjero, y desaparecieron sin despedirse ni decir: ahí la tienes de vuelta, es tuya.

Esa tarde, una de las gallinas se agazapa, lista para ser apareada por el gallo. Él le agarra las plumas del cuello para mantenerse en su dorso. Abre las plumas de su cola, sus cloacas se juntan y expulsa su semen dentro de la vagina de la gallina. La Chivi está adentro del corral, como si llevara días allí sentada, dándole sobras de comida a un grupo de gallinas que parecen felices de haberla recobrado.

32

Años después, cuando la Chivi ya es joven y faltan pocos meses para que M.A. ahogue a Cristóbal, acepta un trabajo temporal como guardia del gimnasio municipal. Lo que ella quiere es un puesto en la sala cuna del pueblo, le parece que atender llantos de guaguas es más útil que velar por pelotas o colchonetas de cuero gastado, aunque luego se da cuenta de que no es para eso, de que las pelotas y las colchonetas son lo de menos. Quieren investigar a los que paran ahí. Es un grupo que ha hecho de las afueras del gimnasio un punto pasajero de encuentro para intercambiar «algo» que nadie sabe qué es. Nunca han podido averiguarlo. La mayoría son aparecidos, ya son jóvenes como ella y se han insertado, de manera deficiente, en Potreritos y otros pueblos aledaños. A algunos les han dado trabajos menores, tareas que no implican la elaboración de un contrato, el contacto cercano, la posibilidad de hablar demasiado. Les siguen diciendo aparecidos porque no se deja de ser lo que se es en pueblo así, pero muchos de ellos ya no se van: han entrado en esa quieta dimensión, apartándose de lo que el movimiento es en esencia.

La esencia de los aparecidos, en todo caso, sigue ahí, imperceptible pero llamativa, peces piedra que se diluyen en la roca. No se puede distinguir con el descuido de una mirada esquiva, pero una atención acuciosa permite descubrirlo: un pez horrible que esconde algo hermoso. Así son los jóvenes, algo esconden cuando se reúnen y debe ser hermoso como para esconderlo.

Deciden probar a la Chivi como guardia, porque les sirve que sea ella la que los espíe. Tiene, igual que ellos, algo torcido. Su historia la saca del grupo, pero puede entrar fácilmente en él.

—Su tarea no es ahuyentarlos, muchacha, su tarea es que haga migas con ellos —le piden un hombre administrativo y una mujer municipal—. Y que nos cuente qué intercambian. Usted debe firmar esto para asegurarnos que lo hará, que nos dirá la verdad.

Le tienden un documento. Los mira con recelo. El hombre y la mujer

no se dan cuenta de que están eligiendo mal, que han elegido mal desde antes, o no han sabido elegir, o no han podido.

Tarde noche aparecen los primeros. La Chivi se aleja del gimnasio para observar el comportamiento general: lo que importa es el grupo. Llegan como zorros, igual que las personas que se reúnen cuando están tramando algo en una esquina bulliciosa. Simulan no saber que la otra está ahí, no se hablarán hasta que estén cerca, apartándose cada tanto. En los jóvenes hay silencio y no se miran porque esa es su forma de llegar, la Chivi lo sabe. Aparecen de a poco y se sientan sobre la maleza larga y seca que rodea al gimnasio. No hablan, parecieran intercambiar algo con las manos pero no logra distinguir que realmente haya algo en ese intercambio. Es un ejercicio táctil, se tocan unos a otros como palpándose con exactitud y esmero, a veces dándose golpecitos en el dorso, el antebrazo, arrastrando los dedos por la piel del otro, o simplemente presionando y aflojando la palma de la mano, las yemas de los dedos. Cada uno de estos movimientos parece una danza, un lenguaje en clave que ellos realizan con absoluta normalidad. El niño que acogió M.A. cuando era pequeña está ahí, entre esos jóvenes que dan y reciben con el tacto pero no intercambian nada que el resto pueda descubrir.

33

Tres días antes de que M.A. matara a su hijo, la Chivi le contó que le habían dado el trabajo a tiempo parcial en la sala cuna. Los administrativos y municipales seguían creyendo que los jóvenes movían algo, ella los tenía convencidos de que el proceso debía ser largo. «Para hacerlo bien, esto toma tiempo, hay algo muy oculto», les decía. Sus tareas en la sala cuna serían múltiples: desde mudar las cunas hasta mudar a las guaguas, trapear pisos con restos de vómito lácteo, mecer para acallar lo que quiere decir un bebé. El acuerdo con M.A. seguiría intacto, le podía cuidar al niño cuando ella tomara los turnos de noche en el motel.

Cada vez eran más. No entendía por qué aceptaba jornadas nocturnas consecutivas, la notaba agotada. Llegaba a la casa de amanecida para ir a dejar al niño al jardín. «Descansa», le aconsejaba, era raro decirle eso a alguien por la mañana. De vuelta, M.A. se desplomaba sobre su cama, vestida, y dormía hasta las cuatro de la tarde. La cama del niño casi siempre quedaba sin hacer, el montón de frazadas formaban un bulto. La Chivi debía ser puntual y entraba con la cabeza alborotada de preguntas: ¿por qué había aumentado los turnos? ¿Se quedaría dormida en el mesón de la recepción? Quizás se encerraba en algún lugar, la pequeña sala de artículos de aseo, entre escobas y desinfectantes. ¿Se tendería en las camas desocupadas, luego de haberlas aseado? ¿Por qué prefieres limpiar fluidos de adultos en vez de fluidos de niños? Nunca le preguntaba a ella, acostumbrada a respuestas escuetas, a ese resguardo que no alteraba el orden.

A la Chivi le parecía que los balbuceos y olores de esas guaguas la devolvían a su infancia y su misterio: de dónde había salido. La práctica del servicio la ponía en una llanura. Que el niño que acogieron se volviera loco corriendo tras las ruedas de una bicicleta para morderlas, cual perro callejero, nunca le incomodó. No le importaba ahora meter la mamadera en una boca, con la otra mano tomar la temperatura de una cría afiebrada, entonar canciones de cuna

para atraer la atención o el sueño.

Cuando supo que M.A. había ahogado a Cristóbal, lo primero que pensó fue que a ella también la habían bañado esas manos, tantas veces. Había sido guagua alguna vez y las exploraciones en el bosque no podían sino merecer un buen baño.

—¿Te acuerdas de cuando eras niña? —le preguntó a M.A. cuando pudo hablar con ella.

Fue la primera llamada a la que tuvo acceso después de haber matado a su hijo.

—¿Tienes recuerdos, mamá?

Del otro lado, M.A. suspira e inhala un aire que no alcanza para desahogar a un niño sumergido en una tina.

—Lo dejé solo una vez, una vez en que no quise molestarte —le cuenta, como si le estuviera hablando de otro tema, no es una confesión.

—Lo sé, por eso te insistí en que podía ayudarte —dice la Chivi.

Un par de noches antes del asesinato, sentada en la recepción del motel algo adormecida, abrió de pronto los ojos. Gemidos tenues más allá, Cristóbal estaba solo en la casa. Dentro de un vaso con agua vio una mosca flotando. En *su* vaso con agua. Aún se movía intentando salir. El dedo índice de M.A, implacable, la hundió.

—Recuerdos de cuando eras una niña.

—No recuerdo mucho, no sé…

—No te dejaré sola —asegura la Chivi antes de colgar.

34

Está sentado frente a ella. M.A. no sabe qué decir, no sabe por qué él está ahí, por qué ha venido a verla. Él no habla porque hay mucho ruido. No espera que el ruido cese, sino habituarse a él. Lo reconoció apenas lo vio entrar, si bien ya no es el niño desgreñado que acogió hace años. La Chivi le contó que lo había visto, de lejos, sin poder acercarse nunca, porque de pronto, como una bandada de aves, el grupo se diseminaba, formando un diseño exacto e imprevisto.

M.A. nunca se lo topó en sus escasas rutas. Un día creyó verlo en su propia casa, el rostro pegado en la ventana, observándola desde afuera como si ella fuese el animal en su jaula, pero no está segura. Le ocurrió más de una vez, sentir que él la había merodeado sin querer abordarla. No puede aseverar nada. Ahora lo tiene al frente, con los ojos cerrados. Está incómoda, creyó que el que venía era su padre. Él abre los ojos.

—Ahora sí —le dice.

Ahora sabe hablar como la gente del pueblo.

—Mucha gente bajo un mismo techo acá. Es como un zumbido amplificado. No es bueno.

A M.A. no le importa lo que es bueno.

—Con el tiempo supe de dónde salí. Hemos hecho un rastreo.

Lo mira perpleja. ¿Por qué viene a decirle esto a ella?

—A ti no te importó. Eso estuvo bien. Lo que sí me importa es sacarte de acá.

M.A. se estremece, ¿por qué quiere él sacarla?, ¿por qué se entromete? Puede que a cambio de tantas cosas, como aquí en la cárcel, los aparecidos también se presten a juegos que les convienen para saciar apetitos. O puede que esté amenazado a cambio de información. Hay tanto cabo suelto, faltan ladrillos que sostengan su vida, sus actos, su confesión.

—Puedes irte. Yo no quiero salir de aquí.

Lo quiere dejar ir como antaño, puede percibir su aroma, puede

olvidarlo más tarde. ¿Siente culpa un animal?

—Hay una manera de sacarte —su voz no es incisiva, apenas se oye.

—No.

M.A. es estridente y las que están a su alrededor la miran.

—Ándate y no vuelvas más.

Se ponen de pie uno después del otro, con un pequeño intervalo. Él le sonríe, los animales no sonríen. Los animales no sienten culpa y vuelven al lugar donde han enterrado una presa.

Hay contrabando de pequeñísimas botellas que vienen de afuera para meter el alcohol que fabrican adentro y que luego entra por los esófagos de las reas. M.A. le pide a Gina que le convide un trago, dos, un par más, por primera vez.

—Toma, Emeá, toma no más, tú no estás alcoholizada, eres solo una madre asesina.

Ve a Gina desfigurada. Quitar la vida: una frase tosca y sin carne. Una bestia vive para sacar de cuajo, sin reparar en ello aunque viva haciéndolo.

Un ser humano también: sacando una cosa para poner otra, un sentimiento para reemplazarlo por otro. Mezclando los ingredientes de una bebida fuerte, para que lo de adentro resuene al compás del desastre allá afuera. La mayoría sobrevive así. Se mueve así. Es cosa de salir a la calle, o leer las noticias.

35

Ha hecho turnos consecutivos y cabecea. De eso se trata su vida: ya no distingue entre hacer un turno en el motel o en su propia casa. «En el consultorio no hacen abortos», le dijo un día su compañera cuando se dio cuenta, porque la oía vomitar en el baño, la pillaba con los ojos cerrados en alguna de las camas que debía hacer y no hacía, allí sentada, tratando de no quedarse dormida. «¡Despierta!», le grita, porque si ella se atrasa con el aseo de la habitación la atrasa a ella, que le toca poner a lavar lo que hay que lavar, sacar las bolsas de basura, llevar nuevas toallas a cada baño. «No es cosa mía si estás haciendo una guagua. Acá hay cosas que hacer también». Y le dice: «En el consultorio no hacen abortos».

Cabecea. Cruza los brazos sobre el mesón y se recuesta, acunando su nuca con sus propias manos. Oye la música de fondo a bajo volumen, risas a lo lejos. Entra de pronto un hombre, inquieto, buscando refugio.

—Me vienen persiguiendo.

—Esto es un motel, señor.

—Deme una habitación, me vienen persiguiendo.

A M.A. le empieza a latir el corazón. No le gusta sentir su corazón.

—Quién, señor.

El protocolo dice que siempre hay que ser diligente. No suscitar el escándalo, ni avivarlo.

—Seres raros, levantando los brazos.

—No hacen nada —afirma M.A. con desprecio.

—¿Los conoce?

—Sí. No. Son de aquí. No hacen nada, le estoy diciendo.

—Van a entrar.

—Tranquilo, señor. No entran acá.

—¿Cómo lo sabe?

—Los niños no entran a moteles.

—¿Niños? No son niños.

—Es un ejemplo.

El hombre la mira y desconfía.

—¿Está su jefe aquí, el administrador? Alguien con quien hablar.

—Son las tres de la mañana, señor. Yo estoy aquí.

—Deme una habitación.

Ella ingresa los datos, él paga, ella le pasa la llave, él se dirige a las escaleras y mientras sube, de espaldas a la puerta de entrada, se asoman dos cabezas que no son de niños.

—¡A jugar afuera! —les ordena ella. También le grita eso a Cristóbal, a jugar afuera, y él avienta juguetes, despluma cojines, corre y grita de allá para acá.

Su compañera llega atrasada a relevarla y ella se va sin saludar ni despedirse. Afuera está amaneciendo y los aparecidos duermen en una esquina. Pasa al lado de ellos sin mirarlos.

En casa quisiera alcanzar a tenderse un rato pero Cristóbal, ya despierto, le dice que la Chivi se fue. Tendrá que llevarlo al jardín. A mitad de camino se da cuenta de que va en pijama, de que no lo vistió. Ella lleva puesto el uniforme hace dos días. Se mira a sí misma como si fuera otra, *no soy yo*. Un pensamiento que se dobla hasta caber perfecto en la parte del cerebro donde los pensamientos no transitan, donde se quedan y se transforman en ideas que no siempre son buenas, pero pueden, de pronto, ser necesarias.

36

—El lugar de los altares, dónde está —le pregunta a una rea que está apoyada en una pared.

Se está tratando de sacar una uña.

—Necesito sacarme esta huevá para poder hacer lo que quiero —le responde la rea que no ha entendido la pregunta porque M.A. habla entre dientes.

—El lugar de los altares, el de las místicas, dónde está —le insiste sin interesarse en qué es lo que quiere hacer con esa uña o sin ella.

La mujer no se queja y tiene fuerza, tal vez alguna droga la ha dejado sin sentir dolor, con el coraje suficiente para sacarse esa parte dura y translúcida de su mano. M.A. se cerciora de tener su prótesis bien encajada, la ha perdido y recuperado varias veces, ya no tiene buena fijación y le falta un pedazo, sabe que debería botarla.

El lugar de los altares parece estar vacío pero un lugar así nunca lo está, al igual que los sueños, que a veces son otra cosa y alguien penetra en ellos para hablarte. Hay una melodía repetitiva que viene de algún rincón, uno que otro rezo en voz baja saliendo de cuerpos arrodillados y de pie, flores mustias y flores plásticas fosforescentes, olor a agua sin cambiar de floreros fabricados con tarros de conservas y botellas. Hay luces artificiales y velas, cables con pequeñas ampolletas de colores que entrelazan animitas hechas con ahínco, con descuido, con delirio y devoción.

—Jesús te trae un mensaje —le dice una mujer al pasar, una mujer que repite lo mismo mientras se aleja—, Jesús te trae un mensaje.

No sabe para qué ha venido a este lugar si tanto objeto no le dice nada. Hay escapularios con los rostros de santos y santas. Ahí no está su hijo, ni sus hermanos, ni su madre.

Estás tú.

Se mira de pronto las manos y son de color rojo y luego verdes por

las lucecitas que titilan, luego blancas como su piel o negras como su sangre.

Se fija en la fotografía de un hombre joven. Ahora sería viejo, piensa. O puede que sea viejo, puede que no haya muerto y esté allá afuera caminando. La foto está agrietada y los ojos del hombre la miran.

—Yo lo maté.

Se sienta en el suelo y lo mira a los ojos.

El hombre no le responde, es una fotografía, no sabe de dóndes, de cómos, ni cuándos. Por qué lo mataste.

Ahí, sentada, siente que de su cuerpo sale la violencia y deja de ser una persona.

—Debes tener familia aquí, tu altar está bonito, bien bonito.

Una mujer pasa a su lado y la insulta:

—¡Qué haces encarando a los muertitos, asesina!

Pero M.A. la ignora, hay en ella una serenidad o un desgano para devolver el empujón, tampoco quiere destruir una animita porque son tiernas y no le pertenecen. Hay una sombra y una clarividencia juntas, entre la fotografía del hombre y ella, donde ya no tiene que pensar en el momento en que hundió el cuerpo de su hijo, en hallar bajo el agua una respuesta. Como un bote de papel que flota en una laguna, se queda ahí sentada un buen rato, moviéndose por dentro, impregnándose poco a poco de algo que deshace lo anterior y ya no es bote ni papel, un deshecho que no tiene por qué recobrarse ni tener una forma.

—Que tu familia te siga vigilando —es lo último que le dice al hombre en la fotografía—, así estarás tranquilo.

Se aleja y esa noche despierta de un sobresalto. Desconocidos invaden esa misma noche su casa buscando pruebas, fascinados. Son ellos, los desconocidos, los que más se interesan, los que la escrutan sin pudor, los que desordenan su casa y brillan en la oscuridad. Al abrir los ojos, muy cerca de ella, casi besándola, ve el rostro de su padre. Lo familiar se vuelve opaco, es una amenaza. Para los demás, el asesinato no es una omisión, sino una revelación con cierta definición e intermitencia, ladrido de perros en la noche, gritos de reas más allá, riñas por alguna cosa pequeña o grande. Para qué querer salir si afuera

nadie la espera.

37

En los estrados se puede saber poco sobre la gente que está ahí de pie, respondiendo preguntas, simulando que pueden mostrar su verdad. La compañera del motel está presente en el juicio de M.A. Lo que cuenta no es del todo cierto. Omite mucha información. Al verla, la Chivi inmediatamente se da cuenta de su condición: es una larva astral, un parásito que provocó que M.A. fuera un pájaro desorientado que se golpea contra un vidrio.

«Esto no es por trabajar de noche y de corrido», sentencia el dueño de El Escándalo, que debe restarle importancia al exceso de horas extras de sus trabajadores. Tiene las pruebas para eso, porque los turnos extras son turnos fantasmas. En todo caso tiene razón. Probablemente nada tenga que ver con nada.

Es indispensable velar por la estabilidad. Un actuar alevoso exige presidio mayor.

¿Es que verdaderamente se requieren acciones inusuales antes de quitarte a alguien de encima? Quizás alguien en la audiencia está pensando en eso ahora, siempre hay quien que se queda pensando en las cosas que no importan. Una persona común y corriente que en ese momento observa a la asesina y su semblante desalojado. En la compañera también hay algo ido, en la hija irritación.

Un peligro para la seguridad, presidio en su grado máximo, uno de los crímenes más graves de nuestra legislación.

Una persona que no tiene más poder que el de estar ahí oyendo, y que ve a esas mujeres envejecidas, arrugadas y enjutas, como si el malestar fuera solo cosa de mujeres mayores y de mal aspecto. Las visualiza rendidas y empeñosas, limpiando un mueble viejo con un trapo sucio, como si fueran a lograr un día sacarle verdadero brillo.

38

La Chivi se demora un par de meses en aparecer. Cuando llega no da explicaciones, M.A. tampoco le pregunta nada, no hace falta, podrían haberse cruzado hace poco en el pasillo de la casa. Sin descuidarse pero tampoco encima. No le dice que la estaba esperando porque no estaba esperándola, cada día que pasa espera menos de todo, la cárcel se va tornando un sitio cómodo donde intuyes lo que viene.

—He estado bien —le cuenta la Chivi, aunque M.A. no le ha preguntado cómo está—. A veces es como si alguien me hubiera dejado en un pozo profundo, de nuevo, pero estoy bien y lo importante ahora eres tú.

Se acerca a ella y la toma de las manos, sin dejar lugar a que M.A. no quiera ser tomada.

—Escúchame bien. Aunque tengas la culpa: no tienes la culpa. ¿Me oyes? ¿Me estás oyendo? No la tienes: métete eso aquí —se toca la sien — Tú sigue viviendo. Aunque no sepamos nada de ti. Tú sigue.

La Chivi presiona sus manos como lo hace una madre con su hijo para cruzar una gran avenida, como presiona un amante las manos de su amante aunque alguna vez se dejen de amar y no.

Luego corre la silla hacia atrás con estruendo y se pone de pie:

—Me iré lejos por un buen rato, no sé cuánto, pero cuando vuelva vendré a verte. No te descuides.

M.A. la ve alejarse y sabe que no la verá en mucho tiempo. Ahí sentada, sin cambiar de posición los brazos, semi estirados hacia donde ahora no hay nadie, dice bajito y suave: me cuidaré.

39

Al día siguiente Gina va a buscar a M.A. y no la encuentra. Irían juntas al taller de aplicaciones bordadas a las cuatro de la tarde. Gina acude a la sala donde se realiza el taller y solo están las mujeres que cumplen otras condenas y las mujeres que enseñan y que no cumplen ni una, o no que se sepa. Espera un rato apoyada en la puerta, quizás se puso nerviosa y no quiso aparecer.

Gina se integra al taller y elige colores verdes para que la lana y las mostacillas cubran un pedazo de tela donde hay una laguna con patos dibujada. Elegirá un azul verdoso para el agua. Piensa en la pesca, sigue bordando.

A la hora de comida tampoco la encuentra. Quizás se perdió de alguna pelea y se la llevaron a confinamiento. Empieza a preguntar y es ahí donde corre la bolita y luego la bola: la madre asesina no está. Escaparse, imposible, las fugas se planean en grupo, la asesina no pertenece a ninguno. Quizás está muerta en algún rincón de la cárcel pero sería una sorpresa, últimamente se la ha visto tranquila, o quizás por lo mismo sería lo esperable, atada a una soga, a la corbata de algún hombre que ha venido de visita a ver a alguien dejándole su corbata gruesa, para que lo huela.

—No —asevera Gina—, me dijo ayer que aquí estaba bien, que ya no sabría qué hacer afuera.

En los baños no está, en los baños abiertos de la cárcel no hay donde buscar. Las reas se refriegan la piel como si quisieran sacársela, pero solo se están duchando. En el lugar de los altares tampoco. La rea sin uña sigue paseándose en los pasillos aledaños, los ojos inyectados de algo y comenta:

—Se fue hace rato de ese lugar, soy yo la que está pegada.

Hay rincones en la cárcel donde no se llega de inmediato. Recovecos donde se esconden cosas pero nunca seres. Las mujeres no pueden esconder tranquilamente nada, por eso se enroscan en abrazos e insultos. De todas maneras se las arreglan. M.A. tampoco está en el

patio que antes era un lindo potrero con vacas.

Las que la odian dicen que quiere llamar la atención. Las gendarmes no se mueven mucho, algunas reas tienden a eso, a desaparecer por horas y luego alegan que no saben dónde han estado. Un lugar sin tiempo ni nombre, debajo de algún catre, o de alguna sábana ajena y de pronto íntima, a nadie le importa a menos que traspase los cercos. Pero a Gina sí le importa, Gina presiente que M.A. se ha perdido y se pone a llorar. Otra rea vieja la abraza para calmarla, es de las que limpian las almas, «¡Límpiame el culo!», le gritan las más jóvenes, «nuestras penas no se borran con sahumerios, abuelitas, no se borran, no se borran». No creen ni en el agua.

Las viejas no las oyen porque ya están viejas para oír insolencias, prefieren seguir haciendo tranquilas sus limpiezas, aunque saben que las jóvenes igual son devotas de algo, de lo que sea, de algún dios de carne y hueso, de algún ángel sin un ala, de algún cuerpo asesinado.

40

M.A. aparece dos días después en la primera cama que usó en la celda de Victoria. Tiene los pies llenos de heridas y ampollas, como si hubiese caminado kilómetros con unos zapatos que no se ajustan a sus pies. Zapatos nuevos que hay que ablandar o muy pequeños para su talla. Los pies enrojecidos en los costados, con llagas arriba de los talones, sobre algunos dedos heridas abiertas. Dice que recorrió una calle larga, pero no sabe cuál. Nadie le cree, pero la evidencia está en los pies.

—Creo que no estuve acá pero no me he movido. No sé bien adonde fui.

Es probable que los psiquiatras deban hacerle pruebas, diagnosticarla.

—Dos días —dice—, eso sí lo sé: fueron dos días.

Las mismas horas que mantuvo el cuerpo de su hijo muerto en su casa, dicen. Más oscuridad y confusión.

A los pies de la cama hay unos zapatos cubiertos de polvo pero la suela no está muy gastada.

—Creo que una rea me los regaló, no sé su nombre, no la conozco.

Aparecen tres reas adjudicándose el regalo: se los regalé yo, yo se los regalé, fui yo. Es difícil pillar lo cierto en esta cárcel putrefacta. Eso alega Victoria, cárcel veneno.

—¡Qué hace esta asesina en mi pieza, sarta de mentirosas!

M.A. de pronto se agita y se sienta en la cama. La voz de un niño sale de ella: Me hundiste, mamá. Su propia voz sale de ella: Te ahogué.

Ya ha llegado el grupo de especialistas que la examinarán.

Nadie me conoce. Es escueta y mecánica, igual que al doblar las sábanas para que otros se acuesten, igual que al transitar la calle de un pueblo arrastrando los pies, sosteniendo con delicadeza una toalla en sus manos. La espuma que queda no revela nada.

Hay cosas que no cuadran, afirman los especialistas y recetan pastillas que algunas no se toman, y las que se las toman quedan

planitas. Hay otras que vuelven a ser ellas, eso dicen: «He vuelto a ser yo, pero yo no fui, no fui yo la que hizo eso». Se defienden, las pruebas dicen otra cosa. La buena conducta, las pequeñas labores y las pastillas, todo suma. Algunas se las pasan a otras a cambio de sexo o de nada. Las guardan por si algún día quieren tragarlas todas de una. Tienes que estar lúcida y alucinada para caminar tantos kilómetros con zapatos ajenos. Los pies demorarán en cicatrizar.

—Nadie me quita mi pedazo de cielo —grita Victoria—, saquen a esta asesina de aquí.

Gina se la lleva.

—Tú te vienes conmigo, Emeá.

Las voces se han acallado y solo se escuchan los estertores que deja una tormenta, conversaciones lejanas como rachas de viento, el relámpago ya descargó su luz y no hay más alarma, aunque nunca se activó ninguna.

Ambas mujeres están en la habitación, recostadas, en reposo. Gina, como siempre, rompe el silencio:

—¿Ahora sí puedes decirme, Emeá? Ahora que anduviste quizás dónde, ¿puedes decirme lo que sentiste?

Pero M.A. la mira como si Gina le hablara otra lengua.

Ya no comprenderá las palabras dichas para que ella diga algo más. Será una aparecida que no molestará a nadie, total, ya confesó.

Una aparecida en este reino donde nadie está a la cabeza, donde quieren cortar cabezas y también acariciarlas, donde nadie sabe más, ni nadie sabe menos, porque ya lo oíste bien: no reinas.

Edición en formato digital: octubre de 2022

© 2022 Bravo, Bernardita
© 2022 Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563843682

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com